



*La leyenda de
los centinelas*



Manuel Criba

La leyenda de los centinelas

Manuel Criba

© Manuel Criba, 2019

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa del autor, la distribución o la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluido el tratamiento informático o la reprografía, y el alquiler o préstamos públicos de ejemplares.

Índice

[PREFACIO](#)

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[NOTA DEL AUTOR](#)

PREFACIO

—Nadie debe saber que hemos venido, hermano Agustí —dice el abad mientras observa el bosque que se extiende ante sí.

—Por mí no se sabrá, padre.

Los dos monjes ascienden la loma entre las hayas y ven a los caballeros apostados en un claro. Se hallan sentados en unas piedras y uno de ellos corta un trozo de fiambre con un cuchillo afilado. Al oírlos llegar, los caballeros levantan la vista y se ponen de pie. El abad se detiene a su lado y observa el cofre en el suelo. Uno de los soldados dice:

—Mi nombre es Ferrán Alsina y él se llama Roger Queralt. Nos han encargado entregaros la donación de la condesa de Osona. Mi señora quiere saber si aún estáis dispuesto a usar vuestra influencia para apoyarla.

El abad los contempla a ambos de arriba abajo y luego clava su mirada en los ojos de Alsina.

—Podéis decirle que lo estoy.

—Sea, pues.

El religioso se arrodilla ante el arcón que tiene delante y lo abre con un respeto casi ceremonioso. El fulgor del oro ilumina sus pupilas. Aquel tesoro representa el tránsito entre ser un monasterio perdido en un valle pirenaico y convertirse en un verdadero centro de poder.

El abad sonríe satisfecho. No se da cuenta de que Roger Queralt se aleja unos pasos tras él. El caballero contempla la loma y el camino de tierra que viene de las montañas y que colinda con el bosque en el que se encuentran.

—¡Están solos! —exclama.

El abad vuelve la cabeza y lo mira, luego frunce el ceño como si algo no encajara en todo ese asunto y se dirige a Ferrán Alsina.

—¿Qué quiere decir? —protesta—. Claro que estamos solos, ese era el trato.

Alsina sonríe y después saca su espada.

—Nos habéis engañado —dice el abad—. Pretendéis quedaros con el oro.

—¿Qué van a hacer? —pregunta el hermano Agustí confundido.

El caballero se aproxima a ellos portando su arma y, sin mediar palabra, atraviesa al fraile con ella. Agustí agarra la mano de su asesino y cae de rodillas al tiempo que Alsina extrae la espada de su vientre. El fraile se queda quieto, arrodillado en el suelo, mientras la sangre se escurre entre sus dedos. El abad observa, con una expresión de horror en su rostro, cómo el hermano Agustí se desploma y agoniza entre la hojarasca.

—Dejadme darle la extremaunción —dice.

Roger Queralt aparece a su espalda.

—No tenemos tiempo —responde este.

La espada del caballero Alsina se eleva y cae con fuerza sobre el cuello del abad. De un tajo, casi le rebana la cabeza. La sangre sale a chorro como si fuera un surtidor y los ojos del abad se vuelven blancos antes de caer.

En el suelo, ha recuperado la conciencia y su dedo índice señala a los soldados.

—Os maldigo —susurra—. Os maldigo con todas mis fuerzas. Que vuestra alma quede prisionera de este bosque y de ese oro.

La cara del abad queda inmóvil apoyada en el suelo húmedo. Su mirada se pierde más allá de los árboles.

—Vamos, enterremos el oro —dice Ferrán.

Roger y él agarran el arcón y se adentran más en el bosque. Después de un buen rato caminando en la oscuridad, se detienen en medio de dos pinos negros, junto a un arroyo de agua cristalina que desciende ruidoso desde las montañas.

—Este es un buen lugar. Fácil de reconocer cuando vengamos a por el oro.

—Más vale que tu plan salga bien —responde Queralt—. Si la condesa se huele algo, ya nos podemos dar por muertos. Nuestras cabezas quedarán clavadas en una pica sobre las murallas de Osona.

—No te preocupes. Hemos entregado el pago y el abad ha sido atacado por unos salteadores que se lo han robado. Se lo creerán.

Queralt se desata una pequeña pala que cuelga de su cinto y comienza a cavar en el suelo húmedo. El metal se hunde con facilidad y, en poco tiempo, el agujero es lo suficientemente profundo como para que el arcón quepa en él sin problema. Lo levantan entre los dos y lo depositan en el interior del hoyo. Queralt comienza a enterrarlo ante la mirada impaciente de su compañero.

—Date prisa, se está levantando niebla —dice Ferrán.

—Voy todo lo rápido que puedo. Ya podrías ayudar.

—Solo tenemos una pala.

—Claro, qué suerte la tuya.

—¿Qué diablos...?

Alsina se separa de Roger unos pasos. Se queda helado ante lo que aparece frente a sus ojos. De entre la niebla que empieza a formarse, se alza la figura del abad iluminada por la luz de la luna.

—Estáis malditos —dice el religioso.

Queralt se da la vuelta y también queda paralizado al contemplarlo. Mira a Ferrán para asegurarse de que ve lo mismo. Entonces, la niebla se hace más densa y la figura del religioso se difumina entre la bruma gris.

—Vámonos de aquí —dice Alsina.

Los dos caballeros comienzan a correr por el sendero. Sus ojos son incapaces de ver más allá de un palmo de distancia. Después de un rato huyendo, no comprenden cómo el bosque aún no ha quedado atrás; al contrario, los árboles los rodean como testigos mudos de su impotencia.

De repente, Queralt se detiene. Coloca la mano sobre el tronco de un árbol que tiene delante y luego sobre otro tronco a su lado y observa el hoyo recién tapado en el suelo. Siente la presencia de su compañero junto a él, pero no puede verlo.

—Son los dos pinos negros —murmura—. Hemos vuelto al hoyo.

—Avanzamos en círculos —responde Ferrán—. Vamos por allí.

Roger Queralt se queda quieto, consciente de que nunca saldrán vivos de ese bosque.

CAPÍTULO I

Heribert apoyó el lado ancho del cono en el pecho de Riba y luego acercó el oído al extremo más estrecho. La respiración le pareció débil y dificultosa. En ese instante, el paciente empezó a toser y no pudo parar en un buen rato. Heribert le puso entonces una mano en el hombro y aguardó. Cuando Riba se hallaba más calmado, el sanador le inspeccionó los ojos. Bajó los párpados inferiores con el dedo y observó con atención las pupilas y las venas rojas de su alrededor. Justo lo que sospechaba.

Cuando el médico acabó, Riba se llevó la mano a su fajín, sacó una bolsa pequeña y arrugada y se la extendió al galeno.

—Es todo lo que tengo, señor Heribert —dijo—. Os lo daré si me curáis.

Heribert lo miró con tristeza.

—Os podéis ahorrar vuestro dinero, Riba. No hay nada que hacer. No os queda mucho.

Riba guardó silencio. Miró al médico como si no entendiera lo que le decía y, de repente, empezó a llorar. El llanto se apoderó de él como antes lo había hecho el ataque de tos. Se cubrió la cara con las manos y todo su cuerpo se agitó mientras las lágrimas descendían por sus mejillas y empapaban las mangas de su camisola. Heribert lo miró incómodo mientras este se recomponía y se arrepintió de haber sido tan directo.

—Perdonadme —dijo—. No debí haberlo dicho de esa manera.

—No, no... Agradezco la sinceridad.

—Os dejaré un momento a solas.

Heribert se dirigió a la puerta, pero la voz de Riba lo detuvo.

—He visto a muchos hombres morir, ¿sabéis? Algunos de ellos por mis propias manos. —Se miró las palmas con tristeza—. Acabaré en el infierno y estoy aterrado.

Heribert lo escuchó en silencio y se quedó pensando. El infierno. Recordó la noche terrible de tormenta cuando tuvo que enterrar él mismo a su esposa Ruth. Las palabras del abad Bernat le llegaron a la mente como si alguien se las susurrara al oído: «una suicida no puede ser enterrada en sagrado». El ruido del cuerpo de su mujer cayendo al sarcófago de piedra del panteón aún lo estremecía después de tantos años.

—¿Me estáis oyendo?

La pregunta de Riba lo devolvió a la realidad.

—No, disculpadme, ¿qué me decíais?

—Os preguntaba que cuánto me queda.

—Eso es imposible de saber. Lo que Dios estime oportuno.

—No puedo confiar demasiado en Dios. Me enviará al infierno en cuanto pueda.

—El infierno —musitó Heribert mientras observaba el cuadro de su mujer colgado en la pared. Dio unos pasos en su dirección y se detuvo frente a la pintura.

—¿Es vuestra esposa? —preguntó Riba—. Conozco la historia. Fue una desgracia.

Heribert contempló el cadáver de su mujer allí mismo, en el suelo, con las muñecas abiertas

y la sangre inundando el suelo. Parpadeó y Ruth y toda la sangre desaparecieron.

—El infierno —susurró para sí.

—Sí, el infierno —respondió Riba como si aquello se lo dijese a él.

A Heribert se le ocurrió una idea que le iluminó los ojos. Contempló de nuevo el cuadro de su mujer, esta vez con una sonrisa en los labios. Se sintió un idiota porque no se le hubiera ocurrido antes una idea tan sencilla. Se dirigió hacia su escritorio, abrió uno de los cajones y extrajo la madeja de hilo que guardaba allí desde hacía años. Entonces, se acercó a Riba y lo agarró de los brazos.

—Os vais a morir muy pronto, Riba, pero este hilo puede hacer que volváis.

La tabernera pone la jarra de vino sobre la mesa junto a un vaso pequeño de metal. Me mira un momento a la cara y yo le respondo con mi mejor sonrisa. Se fija en mi melena rubia y pregunta:

—¿De dónde sois?

—De muy al norte —respondo—. Acompañadme con el vino, yo invito.

La joven se me queda mirando. Es un año o dos mayor que yo, pero me gusta su cuerpo.

—¿Qué hacéis aquí? —me dice.

—Oí que el abad del monasterio tenía un trabajo para mí, pero no resultó.

No entro en más detalles, es mejor así. Casi todos los trabajos que me ofrecen son porque estoy muerto y eso suele asustar a la gente, así que me lo callo. Pocas veces se dan cuenta.

No pongáis esa cara. Ni huelo mal ni estoy en descomposición. Vos tampoco os daríais cuenta.

Si sigo en este mundo es porque fui condenado por el dios Odín cuando aún había quien le rezaba. Debía vagar sin descanso en busca de la valquiria de la que me enamoré y que impidió que llegase al Valhalla como corresponde a un verdadero guerrero nórdico.

Bonito, ¿verdad? Pues es un auténtico incordio, pero eso es otra historia.

La tabernera se queda mirando mi cuello. Yo no hago intento de tapar la cicatriz. Es uno de mis puntos fuertes con las mujeres.

—¿Os colgaron? —pregunta.

—Así es.

No digo nada más. No le cuento que me han ahorcado cinco o seis veces, pero que solo la primera dejó huella. Así me hago el misterioso, a las mujeres les gustan los hombres misteriosos. Tal vez consiga el polvo que ando buscando.

Se sienta frente a mí y se sirve un vaso de vino. Buena señal.

—Me llamo Santzia.

Se presenta ella, mejor señal.

—Yo soy Daven el Cuervo.

—¿El Cuervo?

No me da tiempo de contestar. Entran tres muchachos en la taberna y se me quedan mirando con las manos en las empuñaduras de sus armas. Ninguno de ellos tiene más de veinte años. El que está en el centro, que parece su líder, me observa con verdadero interés. Se fija en mi pelo, en mis ropas y en la espada que he dejado en el suelo, junto al taburete en el que estoy sentado. Yo contemplo las suyas. La mía es más grande.

—¿De dónde eres? —dice.

Es la segunda vez que me lo preguntan, pero a este no tengo ningún interés en responderle. Mis ojos se dirigen a Santzia.

—Tenéis la boca más bonita que he visto por estas montañas.

Topicazo.

—Sois demasiado joven para mí —murmura y bebe un sorbo de su vaso. Debe de tener unos veinticinco, tampoco es una distancia insalvable.

El recién llegado se acerca a la mesa contoneándose.

—Te he hecho una pregunta —dice.

—¡Lárgate, Martí! —exclama Santzia.

Martí la mira y mueve la cabeza con una expresión de indignación en su rostro, como si no pudiera soportar verla bebiendo conmigo. Sus dos amigos se acercan también y lo flanquean cada uno a un lado.

—Sois un vikingo —asegura Martí.

—Enhorabuena —le respondo—. ¿Queréis un premio?

Esto se encamina sin remedio a un duelo y creo que estoy un poco borracho. Mala señal.

—El premio será vuestra cabeza —dice—. La pasearemos por el valle en una pica para que todos vean que hemos matado a un vikingo.

Me levanto y echo mano de mi espada envainada sin sacarla. Me tambaleo un poco. No sé si es por haberme levantado muy deprisa o porque he bebido demasiado. Será por lo segundo, sin duda.

—¡Ni hablar! —exclama Santzia al tiempo que se levanta también de la mesa y se sitúa delante de los tres chicos—. Martí Vall, aquí nadie va a matar a nadie.

Martí Vall la mira con una sonrisa de suficiencia y saca la espada. Yo saco la mía despacio. Quiero mostrarles el dominio que tengo de mi arma, pero mis ojos empañados por el vino no me ayudan a infundir respeto.

Los escoltas del matón, al ver mi acero, no se atreven a desenvainar. ¡Vaya unos valientes!

—Santzia, apártate —dice Martí.

—¡Martí, guarda el arma! —ordena ella.

—Lo conoces —responde el muchacho—. Tienes algo con él.

—No es asunto tuyo.

No lo niega. Buena señal.

—Si lo matáis, tendréis que responder los tres a la justicia del abad —dice Santzia—. No ha mediado provocación. Es un asesinato.

Los escoltas se miran entre sí. No son guerreros, solo unos pobres campesinos que no quieren tener problemas.

—Martí, deberíamos irnos —repite uno de ellos.

Martí vuelve la cabeza hacia su amigo y ve que ni siquiera ha sacado su espada.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo?

«Claro que lo tiene —pienso—, como tú lo tendrías si tu cabeza estuviera rellena de algo más que serrín».

—Claro que no —contesta el escolta—, pero mira su arma. Es mil veces mejor que las nuestras. Deberíamos conseguir mejores espadas para enfrentarnos a él.

Martí mira entonces mi hoja y luego mi cara.

—Gilabert tiene razón —dice el segundo escolta al otro lado.

—Es solo uno; nosotros, tres —insiste Martín. Yo no respondo.

—Vamos, marchaos —les pide Santzia—. No quiero que acabéis colgados en la plaza de Vilanova.

Martí aprieta la mandíbula y toma aire. Luego levanta el dedo índice y me apunta con él.

—Iremos a por mejores armas —dice antes de darse la vuelta y salir de la taberna acompañado de sus amigos.

Guardo mi arma y me quedó allí, de pie, en el centro del local.

—Tranquilo, no volverán —dice la joven.

Cree que me ha salvado la vida cuando en realidad se la ha salvado a ellos, pero no la saco de su error.

Santzia se dirige a la mesa y se sirve un vaso de vino. Se da la vuelta, se apoya en el borde y me sonrío. Buena señal. Yo me aproximo hasta ella y la beso en los labios suavemente. Un beso casto.

—¿Y eso? —pregunta como si no lo supiera.

—Como agradecimiento por haberme salvado —le digo.

En ese momento, ella se da cuenta de que en realidad no me ha salvado y se lanza sobre mí y siento su lengua penetrar en mi boca y jugar con la mía. Yo le acaricio un pecho y noto cómo el pezón se le endurece entre mis dedos. Entonces, se aparta un momento y me dice:

—Tengo un camastro ahí detrás.

La chica se llama Irene. Ella y sus dos hermanos menores acaban de quedarse huérfanos tras la muerte de su padre, el lechero Riba, después de semanas agonizando por una tos interminable.

Levanta la vista hacia las copas de los dos pinos negros que apuntan al cielo inflamado del atardecer. Al clavar la pala en la tierra, piensa en la suerte que tiene de que haya llovido tanto en los últimos días. Si fuera verano, no habría forma de hundir la pala en la dureza del suelo.

Se ayuda del pie para clavarla aún más en el barro y echa luego la tierra mojada a un lado. Se va acumulando un montoncito negro que crece a medida que también lo hace su fatiga.

Con cada palada, la tarde desaparece tras las montañas. Se detiene un instante y se seca con la manga las gotas de sudor de la frente. Contempla el agujero que ya ha cavado y se pregunta cuánto le quedará aún. Entonces, respira hondo y vuelve a clavar la punta de la pala para lanzar después más tierra al montón que ya adquiere cierta altura.

De repente, el metal choca con algo sólido e Irene esboza una sonrisa satisfecha. Echa la pala a un lado y se agacha en el agujero oscuro. Con los dedos aparta la tierra y limpia una superficie de madera con clavos oxidados.

—Aquí estás —murmura al identificar el cofre.

Comienza a escarbar con sus propias manos los bordes del pequeño baúl y luego tira de una de las asas que este tiene en los laterales. Gime al arrastrarlo por el agujero y subirlo al exterior. Se alza entonces ella misma con las manos para salir del hoyo y se queda mirando el arcón negro con el corazón palpitándole en la garganta.

Irene se acuclilla y sostiene entre sus manos el candado oxidado que cierra el cofre. Se pone de pie, agarra con fuerza la pala y golpea el candado tres o cuatro veces hasta que el metal cede.

Al levantar la tapadera, el brillo azulado de la luna ilumina las monedas de oro y con ellas sus propias pupilas.

La muchacha sonríe. Nunca ha visto tanto oro junto. Luego, la sonrisa se transforma en una carcajada y ya no puede dejar de reír hasta que se obliga ella misma a detenerse por el dolor de los costados. Coge entonces las monedas entre los dedos, las levanta y las deja caer como si fueran una cascada de oro. «Debe de haber miles», se dice. Con esa fortuna, podrá cumplir su sueño de viajar a Constantinopla y vivir all  como una reina.

El camastro es apenas un colchón de paja casi sin paja que me está destrozando la espalda. Santzia está sentada sobre mí y me besa con desparpajo. Juguetea con mi boca. Se aparta, me esquiva cuando trato de besarla y se ríe antes de besarme de nuevo ella.

Le desabrocho el cordoncito que cierra su escote y sus pechos aparecen ante mí. Son pequeños y firmes y apuntan un poco hacia arriba. Yo se los acaricio mientras ella no separa sus labios de los míos. De pronto se aparta y comienza a besarme el cuello y me quita la camisola. Entonces desciende bes ndome el pecho y el vientre y llega hasta el cordón de mis calzones. Antes de que me d  cuenta, me lo ha desatado y tiene mi polla en la mano. Sigue blanda y temo que el vino me juegue una mala pasada, pero no es así. Enseguida responde. Esto de que mi cuerpo no refleje mi edad tiene sus ventajas.

Santzia se la mete en la boca y yo echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. Entonces, me da un tirón en medio de la espalda y me quejo un poco.

— Qu  pasa? —dice ella—.  Te hago daño?

—No, no —respondo—. Sigue.

Trato de olvidarme del dolor y concentrarme en la mamada, aunque tenga ganas de quemar el maldito camastro.

Irene aprieta las correas que mantienen amarrado el cofre a la mula y se asegura de que está bien sujeto. El animal se mueve inquieto y ella tira de las riendas para imponerle su autoridad.

De pronto, siente una fría humedad en los tobillos. Dirige su mirada hacia el suelo y ve que una niebla densa y baja oculta la tierra. Levanta entonces la vista hacia la loma cubierta de hayas. La bruma desciende hacia donde ella se encuentra y un escalofrío le eriza el vello del brazo. La mula relincha a su lado y la muchacha le pasa una mano por el cuello para tranquilizarla. Luego le da un par de palmadas y le susurra al oído:

—No te irás a creer esa estúpida leyenda,  verdad?

Entonces, por el rabillo del ojo, ve que algo se mueve. Enseguida vuelve la cabeza y observa a un caballero cubierto por un yelmo dorado y armadura que la contempla a unas decenas de pasos.

No está solo. Un segundo caballero aparece a su lado. Irene apenas puede distinguirlos entre la bruma que se ha hecho más densa, pero no le hace falta. Todos en el valle han oído mil veces la leyenda de los centinelas del bosque y se sabe los nombres de los dos caballeros de memoria: Ferrán Alsina y Roger Queralt.

Irene ve entonces cómo desenvainaban sus espadas y se dirigen veloces hacia ella. Siente el latido de su corazón en las sienes y las piernas perder toda la fuerza. Por un momento cree que se

va a desmayar y un miedo atroz se apodera de todos sus sentidos. Se agarra a las correas de la mula y sube tan rápido como puede a la grupa del animal. Después la azuza con los pies para huir de allí cuanto antes.

Ya lejos, echa la vista atrás y ve cómo los caballeros descienden la loma al paso en que lo hace la niebla y emprenden el mismo camino de tierra que ella sigue.

El abad Bernat contempla el valle desde la balconada de piedra del scriptorium del monasterio. A esas horas, los frailes duermen profundamente antes de levantarse para la oración de maitines y el silencio reina en todo el edificio.

Divisa el bosque que se extiende por la loma junto a la carretera de tierra y que engarza con los colosos pirenaicos como si fuera un cortinaje verde y oscuro de vegetación que parece cubrir las laderas vecinas. La bruma comienza a acumularse entre los árboles y a avanzar despacio en dirección al valle. Es una suerte que el insomnio lo haya importunado esta noche. De no ser así, quién sabe si por la mañana no sería ya demasiado tarde para detener el curso de los acontecimientos.

Vuelve en sí al oír los pasos que ascienden por la escalera en forma de caracol. Los pasos atraviesan el scriptorium y se detienen tras él. Bernat se da la vuelta y observa a Jacobo con las manos ocultas entre las mangas de su hábito negro y los ojos fijos en el suelo.

—Debéis buscar a alguien, hermano Jacobo.

El monje levanta la vista.

—¿Esta noche?

—No hay tiempo que perder.

—¿A quién?

—A alguien llamado Daven el Cuervo. Está de paso en el valle y me consta que a estas horas se halla en la taberna de la chica vasca, Santzia.

—Entiendo, padre, pero hace años que no salgo del monasterio. ¿Por qué no se lo pedís a otro?

—Tenéis que ser vos, Jacobo. No puedo pedírselo a nadie más. Cuando lo encontréis, decidle que alguien ha desenterrado el tesoro del Bosque de los Centinelas.

Jacobo abre los ojos de par en par y se queda con la boca abierta.

—¿Cómo lo sabéis, padre?

Bernat vuelve la vista hacia el bosque y observa la niebla que ya ha alcanzado la carretera y avanza lentamente en dirección al sur.

—Los centinelas marchan con la bruma.

—A mí me parece una niebla como tantas otras que...

—No lo es —lo interrumpe Bernat—. Busca a ese hombre, él sabrá qué hacer.

Jacobo se queda callado mirando la niebla descender por el valle y, de repente, le parece tan amenazante como una manada de lobos. Un escalofrío le recorre la espalda y le eriza el vello de los brazos.

—Vamos, márchate. No hay tiempo que perder.

—Sí, padre.

Jacobo atraviesa de nuevo el scriptorium y desaparece por el hueco de las escaleras. Bernat se vuelve para observar en la lejanía cómo aquel vapor blanco desciende por el valle como si fuera un ejército invasor. Se pregunta cuántos morirán en las próximas horas antes de que Daven el Cuervo pueda arreglar el desastre.

Irene se baja de la mula y corre hacia la casilla de piedra. Hace tiempo que el óxido ha dejado inservibles las bisagras de la puerta y ahora esta se halla apoyada en el marco a modo de parapeto incapaz de cumplir su función. La joven la separa y entra en la vivienda por el hueco. Se detiene en mitad de la estancia oscura un momento. Duda si cargar con todos los enseres que pueda ser capaz de llevar. Oye entonces la respiración uniforme de Elís y los murmullos en sueños de Pau y piensa en los centinelas. Decide que no hay nada en la vivienda que merezca la pena llevarse. Lo más importante está atado a la grupa de la mula.

Se aproxima con urgencia a la niña y le sacude el hombro. Esta abre los ojos confundida y observa a Irene sin entender.

—Vístete, nos vamos —dice esta.

—¿Nos vamos? —pregunta Elís somnolienta.

Irene no le responde. Se dirige al pequeño camastro de su hermano y le pone una mano en la cara con delicadeza. Pau abre los párpados y se despereza estirando los brazos.

—¿Ya es de día?

—Vamos, Pau. Te tienes que levantar.

—Tengo mucho sueño —responde el niño.

—Lo sé, pero no hay tiempo que perder.

La muchacha recoge una camisola blanca del suelo y comienza a ponérsela a su hermano. Le mete los brazos en las mangas mientras este protesta y luego le introduce las piernas en unos calzones raídos y le ata un cordón a la cintura al tiempo que el niño se restriega los ojos.

—¿Adónde vamos? —pregunta Elís.

Cuando Irene se da la vuelta, ve a su hermana vestida con una falda marrón, una blusa blanca y una capa sobre los hombros. Tiene diez años y la madurez de una mujer de veinte. No le podría ocultar nada.

—A Barcelona —responde—, y luego a Constantinopla.

—Hace falta mucho dinero para eso.

—Tenemos dinero —contesta Irene mientras le calza unas botas de cuero y lana a Pau.

Elís sale de la choza, se detiene en la entrada y se queda mirando a la mula. Luego, comienza a andar hacia el animal e Irene la pierde de vista. Esta toma entonces unos mendrugos de pan caliente del hornillo y los guarda en un zurrón blanco. El pequeño Pau se ha vuelto a acostar en su cama y dormita vestido con la cabeza apoyada en la almohada.

—¡No, no te duermas! —ordena Irene. Agarra al niño de la mano y tira de él hacia el exterior de la choza.

Elís está junto a la mula observando con atención el arcón atado con las correas. Irene arrastra a Pau hasta allí y lo alza sobre el lomo del animal. Después coloca el zurrón en su regazo.

—¿Qué es esto? —pregunta Elís.

Irene mira a su hermana y se muerde el labio inferior. No sabe si decírselo o no.

—Lo he encontrado en el bosque.

Elís retira con los dedos un trozo de barro de uno de los clavos del cofre.

—Has desenterrado el tesoro de los centinelas —dice—. ¿Esto es lo que te dijo padre antes de morir?

Irene agarra las correas amarradas al vientre del animal y tira de ellas.

—Vamos —ordena y se agacha frente a su hermana. Junta las manos para que Elís ponga en ellas su pie izquierdo y se alce sobre la mula. Luego toma las riendas y comienzan a descender la cuesta que los llevará a la aldea de Sant Miquel.

—Vas a hacer que nos maten —dice Elís.

Irene observa el valle a sus pies y, más allá, el bosque. La niebla ya se halla en la carretera que conduce a la casilla y avanza a buen paso, aunque no tan rápido como ellos. Piensa que no tendrá problemas en dejarla atrás.

Santzia está pegada a mí y no me deja moverme. Se ha dormido y hace ya un buen rato que no he cambiado de postura. Me duele en el centro de la espalda y a la altura de los riñones y las piernas las tengo tan entumecidas que por momentos pienso que han desaparecido. Me consuelo viendo su culo reflejado en la superficie de cobre bruñido que hace de espejo en la diminuta habitación. Observo sus nalgas blancas y las piernas y revivo escenas de ella moviéndose sobre mí.

Estoy tan absorto en su cuerpo que no veo que en ese mismo espejo hay reflejado un rostro observándonos. Vuelvo rápido la vista hacia la puerta y alcanzo a ver de forma fugaz el hábito negro de un fraile que desaparece enseguida por el pasillo. Puedo oír como huye el muy cobarde.

Ha ocurrido algo, si no ese monje no estaría allí. Trato de zafarme del brazo de Santzia, pero mis piernas no conservan las fuerzas y me resulta imposible moverme. Entonces, trato de arrastrarlas hasta el suelo y empiezo a sentir un hormigueo de lo más desagradable.

En eso, Santzia se despierta.

—Tengo que salir un momento —le digo.

—¿Por qué? —pregunta—. Hay una bacinilla ahí, si quieres aliviar la vejiga.

—No, no es por eso.

Santzia estira el cuello, me mira y niega con la cabeza antes de hundirla bajo la almohada. A ciegas se cubre con la manta negándome el placer de seguir viéndole el culo.

Yo me siento en el borde del camastro y espero a que la sangre vuelva a mis piernas. Luego me pongo los calzones y la camisola blanca y me calzó mis botas altas de piel de cabra. Cojo el cinturón con mis armas y me dirijo a la salida no sin antes dedicarle una última mirada a Santzia. No puedo evitar preguntarme si la próxima vez que la vea la conexión entre nosotros habrá desaparecido.

En la taberna, el monje se halla sentado a una de las mesas con la vista fija en la superficie de madera. Tiene un vaso de vino delante, pero no hace ademán de beber. Yo atravieso la estancia y el monje dirige sus ojos hacia mí. No me pierde de vista hasta que me detengo frente a él.

Me sirvo entonces un vaso de vino y le ofrezco.

—¿Queréis?

—No —responde—, hoy no.

—No, claro que no. ¿Os gustó la vista desde el espejo?

—No pretendía espiaros.

—¿Por qué me buscáis?

—¿Sois Daven el Cuervo?

—Así es.

—Hay algo en vuestra figura...

¿Será capaz de averiguar mi secreto? No dice nada más, solo se me queda mirando.

—¿Os envía Bernat Calvet? —le pregunto, porque si no ese silencio no va a acabar nunca.

—Sí, ¿cómo lo sabéis?

—Ya le he dicho que no pienso desenterrar ese oro para enfrentarme a los centinelas. Es mejor dejarlo como está. Es muy peligroso. Decidle que no acepto el encargo y que me deje en paz.

—Alguien ha desenterrado el tesoro del Bosque de los Centinelas.

Arqueo las cejas. Suelo hacerlo cuando algo me sorprende de verdad.

—¿Quién ha sido tan imbécil de hacer tal cosa?

—Aún no lo sabemos.

—Entiendo. ¿Ya ha aparecido la niebla?

El monje asiente sorprendido por mis conocimientos.

—¿Por dónde va?

—La última vez que la vi acababa de salir del bosque y se dirigía hacia el sur.

—Bien, no tenemos mucho tiempo. Vamos.

Salimos de la taberna. Yo me abrocho el cinturón con mi arma a la espalda y coloco mi daga en la cintura. Observo mi caballo solitario y rezo para no tener que llevar al fraile a la grupa.

—¿Traéis montura?

—Sí, un pequeño burro del monasterio.

—Bien.

Respiro aliviado.

—Me llamo Jacobo —me dice, aunque yo ya lo sé. Bernat me ha hablado de él. Es la clave de todo lo que está pasando, pero aún no se ha dado cuenta.

El silencio se ha adueñado de la aldea a esas horas de la noche e Irene recorre sus calles llevando las riendas de la mula en la mano. Al observar las casas pequeñas y oscuras que la

rodean y pensar en la gente que duerme en su interior, no puede evitar sentir cierto regocijo. Se le ocurre que tiene oro suficiente para comprar toda aquella aldea si quisiera, mientras sus habitantes creen que no es más que la pobre Irene, la hija del lechero Riba. Ríe para sus adentros, pero la risa se le congela cuando se acuerda de la bruma y unas imágenes de sangre y muerte parten en dos sus sueños.

Vuelve la cabeza hacia atrás y respira aliviada al ver que no hay rastro de la niebla en el camino. Se riñe a sí misma por dejarse inquietar por esos pensamientos tan negativos y sigue adelante soñando con los palacios de Constantinopla.

Irene detiene al animal ante una casa de piedra, con el tejado de pizarra, y mira a sus hermanos dormidos sobre el animal. Cae entonces en la cuenta de lo cansada que se siente. Le vendría bien dormir unas horas antes de partir hacia Barcelona y tal vez así pueda convencer a Pere de que se vaya con ellos.

Se dirige entonces a la diminuta entrada de la casa y golpea un par de veces la puerta de madera. Instintivamente, echa un vistazo a su alrededor, como si no quisiera que nadie la oyera.

—¿Quién va? —Se oye en el interior.

—Abre, Pere. Soy yo.

—¿Irene? —La puerta se abre y la luz tenue de un candil hace aparecer el rostro de un muchacho entre las sombras—. ¿Qué haces aquí?

—Ven, ayúdame.

Pere la observa con los ojos achinados y el pelo revuelto. Irene se dirige a la mula y, cuando ve que no la sigue, se vuelve hacia él y lo apremia con la mano.

—¡Vamos! —exclama.

Pere la acompaña y el resplandor de la vela ilumina a los niños sobre el animal. Pau tiene la cabeza en el cuello del jumento y su hermana, tras él, se apoya sobre su espalda. Ambos permanecen profundamente dormidos. Irene le señala el arcón atado a la grupa y le dice:

—Tú baja el cofre, yo me ocupo de los niños.

El muchacho contempla la caja de madera y comienza a desatar las correas sin poner objeciones. Irene sacude a su hermana, que abre los ojos y mira a su alrededor. Luego levanta a Pau y lo carga en sus hombros.

—Vamos, Elís.

La niña desciende de la mula y se queda quieta ante Pere con las manos en la cintura.

—¿Por qué nos has traído a la casa de este? —pregunta—. ¿Crees que va a ser capaz de protegernos?

Pere mira a la niña con el cofre en los brazos y después a Irene.

—No le hagas caso —dice ella—. Vamos adentro. ¡Obedece, Elís! —exclama.

Heribert ve cómo la niebla desciende por el valle desde las almenas de su torreón. Apoya las manos en las piedras frías y suspira. Luego levanta la copa de vino caliente en el aire y la extiende como si brindara por su propio éxito.

Puede percibir la presencia silenciosa de Ruth a su espalda. También siente su reproche,

aunque no la vea. Recuerda el tono de su voz cuando se enfada y sabe que ahora debe de estarlo mucho. Aun así, le da igual. Ruth está muerta y esa niebla provocará el milagro.

—Riba ha cumplido con su promesa —dice en voz alta.

Se da la vuelta y observa el busto blanco de su esposa tallado en mármol. Heribert le sonrío y se lleva la copa caliente a los labios.

—Lo hago por ti —dice.

Ríe ante la idea de que alguien lo pueda ver hablando con una estatua. Pensaría que está loco y quizá no le faltase algo de razón. Se reclina sobre la figura y, con los ojos cerrados, besa sus labios fríos.

—El siguiente te lo daré en persona.

Entonces, la puerta de la alcoba se mueve suavemente. Heribert sabe que es la brisa la que la ha movido, pero fantasea con que sea obra del espíritu de su mujer.

Sonríe satisfecho y mira el busto. El parecido es asombroso. Ha merecido la pena el oro gastado en aquel escultor italiano.

El médico se da la vuelta y contempla de nuevo el paisaje pirenaico envuelto en el tono azulado de la noche. Ahora la mancha de niebla se halla más cerca. Los centinelas del bosque se dirigen precisamente hacia su torreón.

Pere arroja dos maderos al fuego que avivan enseguida las llamas de la chimenea e Irene se acurruca en la manta al sentir el calor. Se queda mirando cómo sus hermanos duermen en el jergón de paja a unos pasos del suyo.

—Aquí estaréis cómodos. Yo dormiré ahí afuera.

—Gracias, Pere —dice Irene.

Al salir, el muchacho contempla el cofre abierto y lleno de monedas de oro.

—Nunca había visto tanto dinero junto.

—Ni yo.

—¿Dónde lo has conseguido?

—En el Bosque de los Centinelas.

Pere la mira y arquea las cejas.

—¿Por eso huyes? ¿Te persiguen los espectros?

—Los he dejado atrás. Tardarán en encontrarnos.

—¿Adónde piensas ir?

—Primero a Barcelona, luego a Constantinopla.

—¿Constantinopla? ¿Dónde está eso?

—Al otro lado del mar.

—¡Dios santo! ¡Estás loca! No se puede huir de ellos.

—Sí que se puede. Avanzan despacio. No nos atraparán. Iré a ver a un tipo llamado Heribert Bonany. Él nos ayudará.

—¿Quién es ese?

—El galeno de mi padre. Fue quien le contó dónde estaba el tesoro, por lo visto sabe cómo hacer que los centinelas no nos sigan.

—¿Te fias de él?

—Mi padre se fiaba de él.

—Eso no es mucha garantía.

Irene señala a Pere con el dedo índice.

—Cuidado con lo que dices. Riba siempre cuidó de nosotros.

Pere guarda silencio. Luego, mira de nuevo el tesoro y a los dos niños dormidos junto al cofre. Con toda seguridad, Elís no pensaría lo mismo que su hermana respecto al lechero.

—Os dejo para que durmáis. Hasta mañana.

Irene no responde. Se acurruca en su manta y cierra los ojos.

Jacobo me observa de soslayo mientras avanzamos al paso por el sendero oscuro en mitad de la noche. Se muere de curiosidad por saber quién soy en realidad. Yo mantengo la mirada concentrada en el camino y no le hago mucho caso.

—¿Cómo es que sois tan joven? —me pregunta.

Vuelvo la cabeza en su dirección y lo observó durante un rato. No somos tan distintos él y yo.

—Nací demasiado tarde —le digo haciéndome el gracioso—. Si hubiera nacido antes, no lo sería.

El fraile no se ríe y ni dice nada más. O no ha entendido el chiste o no le gustan las bromas.

Continuamos avanzando bajo la luz tenue de la luna por el sendero que nos conduce al fondo del valle. El camino de tierra rodea una colina y desciende suavemente por un promontorio hasta unos viñedos. Me detengo y me alzo sobre los estribos. Veo en la lejanía la mancha de niebla desplazarse hacia el sur. Jacobo detiene el burro a mi lado un instante después y pregunta:

—¿Seguro que sabéis cómo parar eso?

Yo no respondo. Cualquier cosa que le contara sobre mí daría lugar a más preguntas y no acabaríamos nunca.

—¿No conocéis la razón por la que el padre Bernat os ha enviado a mí?

Me cabe la duda de que quizá ya sospecha algo.

—¿Qué queréis decir? —pregunta.

Escruto sus ojos con detenimiento. No sabe nada.

—¿Me vais a decir de qué estáis hablando, muchacho? —insiste.

Suspiro y guardo silencio. Luego azuzo a mi montura y avanzo por el camino mientras él espolea a su burro y trata de ponerse a mi altura.

Es mejor no decir nada. Aunque se lo contara, no me creería. Deberá averiguarlo por sí mismo cuando llegue el momento.

CAPÍTULO II

Cuando Riba alcanzó el final de la loma, su rostro había adquirido un tono de color ceniza y sus pulmones trataban de llenarse de forma agónica. Heribert lo esperaba junto al arroyo. Al llegar a su lado, el lechero cayó de rodillas, juntó sus manos y las llenó con el agua fresca de las montañas. Luego, se las llevó a la boca y sintió entonces que la vida regresaba débil a su cuerpo. Su respiración se hizo más acompasada y al fin pudo levantarse. Riba observó al médico mientras apoyaba el codo en el tronco de un pino.

—Está aquí —dijo Heribert.

—¿Qué está aquí?

—El tesoro.

—Sí, conozco la leyenda. El tesoro está en este bosque, protegido por dos centinelas.

—No hablo del bosque en general —replicó el galeno—. Me refiero a este lugar. El tesoro está enterrado entre estos dos pinos negros, a orillas del arroyo.

Riba levantó la vista hacia la copa de los dos árboles. Después, sus ojos descendieron hasta la tierra bajo sus pies.

—¿Aquí? ¿Cómo lo sabéis?

—Lo sé desde hace años. Vi descrito el lugar en un viejo libro. Siempre me ha faltado el valor para desenterrarlo.

—Y queréis que lo haga yo. Como ya estoy medio muerto...

Heribert miró de arriba abajo al enfermo.

—Ni siquiera podríais hincar la pala en la tierra. No, no quiero que lo hagáis. Debemos buscar a alguien que lo haga por nosotros.

—¿Para qué? No podremos quedarnos con el oro. Los centinelas lo seguirán dondequiera que vaya.

—Me da igual el oro, Riba. Os prometí que os haría volver.

El lechero lo miró fijamente.

—Explicaos.

Los ojos de Heribert parecían enfebrecidos por la emoción.

—Los centinelas habitan el inframundo. Todo el mundo piensa que no se puede salir de allí, pero no es cierto. Tan solo hay que hallar la forma de abrir sus puertas. Y ahí es donde los centinelas nos pueden ayudar. Esos dos espectros tienen la facultad de regresar al mundo de los vivos para proteger su oro y, durante el tiempo que están en la tierra, las puertas del inframundo quedan abiertas. Podréis regresar antes de que las puertas se cierren.

—Ya. ¿Y cómo regreso?

—Con esto. —Heribert sacó de uno de sus bolsillos la madeja de hilo de seda muy enrollada que había sacado del cajón de su escritorio.

—¿Qué es eso?

—Es el hilo de Ariadna. Con él, Teseo pudo abandonar el laberinto del minotauro. El hilo os mostrará el camino de vuelta. Solo tenéis que morir con él en la mano. Cruzaréis el umbral entre la vida y la muerte y el hilo de seda marcará el camino de regreso.

Riba permaneció serio un instante mientras estudiaba el rostro del galeno. ¿Se había vuelto loco o sabía de lo que hablaba? Entonces asintió. Que aquel hombre lo ayudara a burlar a la muerte era su última esperanza.

—¿Es auténtico? —preguntó.

—Claro que lo es, amigo Riba. Lo encontré por casualidad en un zoco de Damasco. Tiene la facultad de sacar a su dueño de cualquier atolladero. Yo mismo lo he comprobado. Os sacaré del inframundo, pero os pongo una condición: que traigáis a mi mujer con vos.

—¿Eso se puede hacer?

—Claro que sí. Solo tenéis que encontrarla.

Riba volvió a mirar al suelo. No se podía creer que sus pies pisaran tan solo unos pasos por encima de tanto oro.

—Ahora solo nos queda hallar a alguien dispuesto a desenterrar el tesoro de los centinelas —dijo.

El lechero contempló el paisaje que se abría ante él desde la loma en que se hallaba. Podía ver la carretera de tierra y, al final de esta, su propia casa.

—Lo sé —respondió Heribert—, no será fácil. En este valle todo el mundo conoce la leyenda. No hay mucha gente con la valentía suficiente para enfrentarse a una maldición como esta.

Riba vio en ese instante a su mula ascender por la cuesta cargada con los cántaros de leche vacíos. Su hija tiraba de las riendas con paso firme y una vara en la mano. «Irene», pensó.

Pere amontona su capa a modo de almohada sobre el jergón que se ha hecho en el suelo y apoya su cara en ella. Desde donde se encuentra, puede ver el rostro de Irene y sus ojos cerrados a través del hueco de la cortina que cubre la entrada a la otra habitación. Siempre le ha parecido la muchacha más bella del valle, pero cada vez que ha sido capaz de reunir el valor suficiente para decírselo, se la imagina riéndose de él. Luego piensa que es un cobarde o un tonto que persigue una quimera y trata de quitarse la idea de la cabeza

Cierra los ojos y piensa en Martí Vall. Es un descerebrado con mucha suerte. Cuántas veces lo han rechazado y parece darle igual. Lo sigue intentando una y otra vez hasta que caen, como dice él. Le hubiera gustado tener esa valentía, aunque solo fuera una vez. Solo con una mujer.

Abre los párpados y ve que el camastro de Irene se halla vacío. Pere levanta la cabeza. ¿Dónde...?

Una mano pálida y delicada aparta entonces la cortina que separaba las dos estancias y aparece la muchacha, con el pelo castaño revuelto y su blusa inclinada a un lado mostrando su hombro desnudo. Irene echa un último vistazo a sus hermanos para asegurarse de que siguen dormidos y luego sonrío a Pere. Se acerca a él despacio y se sienta a su lado. Él se incorpora en el camastro, apoya la espalda en la pared y la observa con seriedad.

—¿Té he despertado? —pregunta ella.

—No, no... No podía dormir.

—Siento todo esto, Pere. No deberíamos estar aquí.

—No te preocupes, para mí no es ninguna molestia.

—He estado pensando...

Irene dirige una mirada tímida hacia él, como si sopesara si seguir hablando o callarse.

—¿Qué? —la anima Pere.

—Barcelona está a unas cuantas jornadas de distancia y yo estoy sola con dos niños. Los caminos son peligrosos. Cualquier labriego con pocos escrúpulos...

—No puedo acompañaros—musita Pere.

—No, claro que no. —Irene baja su mirada hacia el suelo y su rostro adquiere una tristeza que al joven le resulta imposible de soportar.

—Quédate aquí. Esperemos al verano y nos iremos juntos a Barcelona. Pero ahora... No puedo dejarlo todo.

—Yo no puedo esperar, Pere. —La vista de Irene se dirige ahora hacia el muchacho y lo mira con una intensidad que le remueve algo por dentro. La mano se desliza entonces sobre la suya y dice—: He visto la niebla descender por el bosque. Vienen a por nosotros. Tengo que poner tierra de por medio.

—Dijiste que ese tipo del que te habló tu padre podría ahuyentarlos.

—Sí, lo hará, pero, aunque funcionase, me tengo que largar. No puedo vivir aquí con esa fortuna.

—Entrega el tesoro. La leyenda dice que no pararán hasta que den con el ladrón. —Pere se avergüenza inmediatamente de pronunciar la palabra «ladrón» y aparta la mirada de Irene—. Perdón —dice.

—No te preocupes, eso es lo que soy. —La muchacha se inclina sobre él y sitúa su rostro a un palmo del suyo. Pere puede sentir su aliento cálido en la mejilla—. En Barcelona tomaré un barco para Constantinopla, pero antes te daré dinero. No te tendrás que preocupar por tus tierras.

—No quiero tu dinero.

Pere sigue con la vista fija en el suelo. Un nudo en la boca del estómago le impide hablar. Claro que quiere irse con ella; por supuesto que desea dejarlo todo atrás. De nuevo aparece ese miedo absurdo a confesar lo que siente.

Lo sorprende entonces la mano de Irene en su mejilla. Ella se acerca más, apoya sus labios en los de él y comienza a besarlo. La joven se aparta un instante y lo mira seria. Él no sabe qué hacer, ni siquiera se cree lo que está sucediendo.

Irene lo besa otra vez y, ahora, su lengua se desliza delicadamente dentro de su boca. Pere siente la mano de la muchacha ascender por su muslo y desatar el cordón de sus calzones. Se introduce con habilidad entre sus ropas y le toma el miembro con firmeza. Él gime y cierra los ojos.

—¿Te gusta?

Pere asiente sin acertar a decir nada. Los dedos de Irene lo acarician arriba y abajo y sus propias manos, como si tuvieran vida propia, se dirigen a las nalgas de su amada y comienzan a

tocarla. La joven aparta su boca de la de él y se desata los cordones de la blusa y le muestra los pechos. A Pere le parecen perfectos. Mucho más bellos de como los había imaginado.

—Acaríame las tetas —le dice ella.

Pere obedece y desliza las yemas de los dedos por la piel de la joven. Irene se arremanga entonces la falda, se sienta a horcajadas sobre él y ella misma le guía la polla hasta el borde de su sexo. Despacio, desciende sobre el muchacho y se ajustan como un guante y un puño.

Pere no tiene experiencia. Solo ha estado con una mujer en su vida, una prostituta de Vilanova de más de cuarenta años, así que, con dos o tres movimientos de Irene, alcanza el clímax. Le hubiera gustado alargar un poco más el placer.

Se queda un rato con los ojos cerrados. Sus sentidos parecen haber perdido toda consistencia y su consciencia flota entre el sueño y la realidad. Nota que Irene se aparta de él y se acuesta a su lado. Cuando abre los ojos percibe cierta decepción en la expresión de la joven.

—Te quiero —le susurra contento de haber reunido al fin el valor de decírselo—. Siempre te he querido.

Ella no reacciona. Sigue acostada a su lado, sin mirarlo.

—Si nos acompañas a Barcelona —le dice—, tendrás más de esto.

—¿Qué es lo que le ocurre? —pregunta Bernat mientras baja a toda prisa las escaleras de piedra siguiendo al novicio.

—No lo sé, padre. No dice más que incoherencias.

Los dos hombres llegan al claustro y continúan por una de las galerías, entre las columnatas que rodean la fuente. La puerta del refectorio se halla abierta y el resplandor de su interior dibuja un arco dorado en el suelo del corredor. Bernat se detiene en la entrada y observa la sala. Dos monjes envueltos en sus hábitos negros tratan de consolar al hermano Raimond, que bebe un poco de vino de una jarra. Este levanta los ojos hacia Bernat y suspira.

—Estaba delante de mí, como si tal cosa, padre —dice Raimond con su ligero acento franco—. Os juro que digo la verdad.

—Calmaos, hermano Raimond. Decidme quién estaba delante de vos.

Bernat se sienta en una silla frente a él para estar a su altura y el monje permanece en silencio mirando al suelo. El abad contempla su rostro redondeado y sonrosado y apoya su mano en el antebrazo de Raimond.

—No estoy loco —musita el fraile sin levantar la vista.

—Claro que no. ¿A quién habéis visto?

Raimond clava sus ojos en el abad y este no puede evitar sentir cierto escalofrío.

—A Riba el lechero.

Bernat frunce el ceño y luego exhala un suspiro.

—Sabéis que Riba está muerto, ¿verdad?

—No estoy loco.

—¿Dónde lo habéis visto?

—En el cementerio, junto a su tumba. Me acerqué hasta allí porque oí un ruido. La tierra estaba removida y Riba se encontraba a unos pasos, mirándome.

—Entiendo.

—No estoy loco, padre.

—¿Qué hacíais en el cementerio a esas horas de la noche?

—No podía dormir. A veces doy un paseo entre las tumbas para esperar el sueño.

—Bien. Quedaos en vuestra celda todo el día, necesitáis descansar. —Bernat se pone de pie y les dice a los dos monjes: —No lo dejéis solo.

—No, padre —responden estos al unísono.

A Irene la despierta un grito solitario en la noche y, cuando abre los ojos, cree que sigue dormida en la casilla de Riba. Se sorprende un poco cuando encuentra a Pere de pie junto al ventanuco abierto y entonces recuerda dónde está. El muchacho observa el exterior con ojos inquietos. Ella se levanta y se va hasta él.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. No puedo ver nada con esta niebla.

—¿Niebla? —Irene escruta la aldea y ve que la bruma impide la visión más allá de unos pasos. Se siente una idiota por pensar que tendrían más tiempo antes de que los alcanzase—. Tenemos que irnos.

—¿Irnos? Espera a que se disipe.

—Ni hablar. Tenemos que irnos ya.

El pequeño Pau aparece en la sala restregándose los ojos con las manos. Irene lo toma en sus brazos.

—No te asustes —le dice—, no va a pasar nada.

Elís también aparece y la observa en silencio. Irene puede sentir el reproche en la mirada de su hermana. A veces, es capaz de leerle el pensamiento como si tuviera poderes.

—Vamos —les dice—. Coged vuestras cosas, nos largamos de aquí. Pere, por favor, lleva tú el cofre.

Pere lleva el arcón hasta la grupa del animal y lo asegura con las correas mientras Irene acomoda a Pau en el lomo y ayuda a Elís a subirse también.

—¿Por qué no les devolvemos lo que es suyo? —pregunta la niña.

—Porque ahora es nuestro —le responde—. Es lo único que nos puede ayudar a llegar a Constantinopla.

—No vamos a llegar a Constantinopla —replica Elís mientras observa la silueta de una armadura que corre hacia ellos entre la bruma.

Irene la ve también y el corazón parece salirsele por la boca. Tira de las riendas del animal y comienza a correr. Pere también corre a su lado golpeando los cuartos traseros de la mula. Pueden oír el ruido del metal a su espalda, cada vez más cerca. Clang, clang.

La niebla cubre cualquier visión a su alrededor e Irene no tiene ni idea de adónde dirigirse. Se

limitan a correr.

—¡Ya viene! —grita Elís. Clang, clang.

—¡Vamos! —exclama Pere—. Se ve el final de la bruma.

Irene levanta la vista mientras huye y ve que el camino que se abre a unas decenas de pasos está limpio de niebla. Aprieta más el paso y le duelen los muslos y las pantorrillas. «Un poco más», se dice. Cuando atraviesa la frontera entre la bruma y la claridad de la noche, oye el grito de Elís:

—¡Ah!

Al volverse, ve que la niña ha sido derribada de la mula y trata de zafarse de un guantelete metálico que la sostiene por la muñeca. Pere se lanza tras ella, la agarra de las axilas y tira con todas sus fuerzas. Elís grita de dolor y el guante se aferra aún más a su brazo. La niña empieza a sumergirse en la profundidad de la niebla sin que Pera pueda hacer nada para evitarlo.

De repente, el brillo de una hoja cortante asciende en el aire y se descarga a toda velocidad sobre Elís. Pere cierra los ojos esperando a que la sangre de la niña le salpique en la cara en cualquier momento. En ese instante, oye el choque de dos metales. Vuelve a abrir los ojos y ve que una espada corta medio oxidada se ha interpuesto en el camino del arma del centinela lo suficiente para desviar su trayectoria y que se clave en el suelo.

La espada corta ha salido volando de la mano de Irene y el caballero se ha distraído lo suficiente para que Pere tire de Elís y la libere.

Corren entonces hacia la mula y huyen veloces para alejarse de la niebla. A unos pasos, Irene se detiene y vuelve su mirada hacia atrás. El centinela la contempla desde el borde de la bruma con sus ojos enrojecidos brillando tras las aberturas del yelmo.

—¿De dónde has sacado esa espada? —pregunta Pere.

—Siempre la llevo conmigo cuando reparto la leche. Por si acaso.

La luna ilumina las lápidas de piedra del pequeño cementerio del monasterio. La tumba de Riba se halla en un extremo del recinto, cerca de los muros, y Bernat se acucilla junto a ella. La joven Irene le había pedido el favor de enterrarlo allí y él fue incapaz de negarse. La conoce desde siempre, a ella y a sus hermanos, y sabe que ninguno de esos tres niños merecía el padre que Dios les había dado.

Recoge un puñado de tierra y deja que caiga entre sus dedos. La tumba se halla descubierta y toda la tierra de dentro esparcida a su alrededor. Se queda mirando la puerta de la verja que separaba el terreno sagrado del resto del mundo. Esta se mece al ritmo de la suave brisa con sus goznes chillando como un animal herido. ¿Quién la ha abierto?

Bernat va hasta allí y la cierra con el pestillo de alambre. Levanta después la vista y, al contemplar el valle en sombras, divisa a lo lejos la casilla de Riba. De uno de sus ventanucos sale luz y el abad piensa que no pueden ser sus hijas ordeñando a la vaca. Es demasiado temprano.

Se vuelve al oír los pasos que se acercan a su espalda. Uno de sus monjes se detiene con las manos recogidas bajo las mangas y la mirada clavada en el suelo.

—El hermano Raimond se ha calmado. Ahora duerme en su celda.

—Bien.

El fraile no se mueve.

—¿Queréis algo más? —pregunta Bernat.

—Os mintió.

—¿Me mintió? Explicaos, hermano Joan.

—No vino aquí porque sufriera de insomnio.

—¿No?

—El hermano Raimond y otros monjes quedan en el cementerio muchas noches. Creo que aguardaba a alguien.

—¿A quién?

—No lo sé. Forma parte de un grupo, pero aún no sé quiénes más lo componen.

—¿A qué vienen aquí?

Joan guarda silencio.

—¿No lo sabéis o no queréis contestar?

—No quiero contestar, padre.

—¿Os da vergüenza decirlo en voz alta?

—Sí, padre.

—¿Queréis decir que el hermano Raimond es un sodomita y que no es el único?

—Así es, padre.

—Entiendo. Creéis que se inventó lo del espíritu de Riba para ocultar sus pecados.

—Es una posibilidad, padre.

—¿Una posibilidad? A vuestro juicio, ¿hay otras posibilidades, hermano Joan?

—Hay un fantasma en el monasterio, el de un antiguo abad. Ya sabéis de qué hablo. Deambula por los corredores y las distintas dependencias. No me digáis que no son más que fantasías, lo han visto varios de los hermanos. Puede que Raimond también lo viera y creyera que era Riba.

—O se lo inventó todo o se equivocó de fantasma —repite Bernat con la vista fija en la casilla de Riba—. ¿Cómo explicáis lo de la tierra de la tumba?

El fraile observa el terreno irregular alrededor del sepulcro del lechero.

—No tengo explicación, padre.

—¿Me haríais un favor?

—Claro, padre.

—¿Podríais subir a mi celda y buscar en mi arcón la espada que guardo allí?

Bernat puede sentir la mirada sorprendida del monje clavada en su nuca.

—Sí, padre.

Desciendo de mi montura y contemplo el desastre que tengo ante mis ojos. La aldea parece haber sido arrasada por una horda de mercenarios. Las puertas se hallan desvencijadas; la sangre corre brillante por pequeños arroyos formados en los pliegues del camino; y, ante mí, una mujer

sentada y con la espalda apoyada en una fachada de piedra parece mirarme con ojos de sorpresa, pero en realidad no hay vida en ella. Tiene el cuello segado de una cuchillada.

No muy lejos, dos niños se encuentran tirados bocabajo con sendos hachazos en mitad de la espalda y, más allá, un mulo con la cabeza separada del resto del cuerpo.

—¡Santo Dios! —exclama Jacobo tras de mí.

No le hago mucho caso. Me agacho junto a una huella en la tierra húmeda. Es la suela de un hombre alto y pesado. Levanto la vista y veo otras huellas alrededor que se alejaban en dirección al sur. Entonces, me pongo de pie y caminé hasta el extremo del pequeño pueblo.

—¿Seguirán por aquí? —pregunta el fraile.

—No.

Me detengo sobre un promontorio al borde de un despeñadero y contemplo el valle que desciende en lontananza. La niebla se mueve por él como una mancha siniestra en busca de sus víctimas. Jacobo llega a mi lado y observa el paisaje.

—Ahora se mueve más rápido —dice.

Desde donde estamos se divisa una construcción negra y alargada erigida sobre una colina.

—Sí. ¿Qué es aquel torreón? —pregunto.

—Una antigua atalaya. Desde que los moros ya no hacen sus incursiones, ha quedado en desuso. Ahora pertenece a un galeno llamado Heribert Bonany.

—La niebla va hacia el sur —digo en voz alta—. Los ladrones pretenden huir a Barcelona. Antes pasarán por la atalaya.

Jacobo se vuelve y mira a los aldeanos masacrados en el suelo. Sé lo que está pensando. No puede evitar imaginar lo que aquella brujería podría provocar en una ciudad como Barcelona. ¿Cuántas almas irán a reunirse con el Creador si los ladrones llegan tan lejos?

—¡Vamos! —le ordeno—. No podemos perder más tiempo.

Cuando Irene detiene la mula, contempla la niebla que se mueve hacia donde ellos se encuentran. La han dejado atrás, pero no puede evitar estremecerse al ver la velocidad a la que avanza ahora por el valle. Sabe que si aquel galeno no la ayuda, no tendrá la menor posibilidad de salir con vida. De alguna manera, aquellos dos espectros saben dónde hallarla y no van a parar hasta hacerlo.

Observa a sus dos hermanos pequeños y se lamenta en silencio de haberlos puesto en aquella situación. Van a morir por una quimera que solo le importa a ella. También Pere está condenado si no se aleja de ellos, pero recuerda su declaración de amor y sabe que no lo hará.

Ve cómo el muchacho agarra de las axilas al pequeño Pau y lo hace bajar del animal. Elís desmonta sola y se alisa la falda cuando está en el suelo. Se sitúa junto a Irene y se queda mirando la niebla.

—No sé por qué confiabas tanto en Riba. Incluso después de muerto, hará que nos maten.

—No nos matarán —responde Irene menos convencida de lo que desea y se da la vuelta en dirección al torreón.

A los pies de la construcción, levanta la vista para contemplar el edificio negro de piedra que

se extiende sólido por la colina. Una luz tenue sale de una de sus ojivas e Irene suspira de alivio al verla.

La joven agarra con fuerza la aldaba de la puerta y la levanta. Pesa como un saco de grano. La deja caer contra la madera y el golpe resuena como un trueno en mitad de la noche. Aguarda un momento, pero no percibe movimiento alguno.

—Llama de nuevo —dice Pere que se acerca con el arcón del oro en los brazos y acompañado de los niños—. Quizá esté dormido.

Irene repite la maniobra y el golpe vuelve a sonar con la misma intensidad.

—¡Ya va! —oyen al otro lado.

La puerta del torreón se abre al tiempo que las bisagras protestan y una cara aparece por el hueco oscuro del interior. Es un hombre de pelo y barba canos, bien vestido y que sostiene un candil en alto.

—¿Quiénes sois?

—Me llamo Irene y esos son mis hermanos. Mi padre me dijo que nos ayudaríais.

—¿Sois los hijos de Riba?

—Así es, señor.

—¿Quién es el muchacho? —pregunta Heribert señalando a Pere.

—Su novio —se apresura a apuntar el labriego.

—Un amigo —corrige Irene—. Se llama Pere.

Los ojos de Heribert se clavan en el cofre.

—¿Os siguen los centinelas?

—Sí, señor.

—Pasad a mi casa.

El galeno se aparta de la puerta para que entren y después cierra tras ellos con un cerrojo metálico. Los hace pasar a un salón confortable y desde ahí se adentran en un pasillo oscuro a la derecha. Son conducidos por unas escaleras angostas que descienden a las profundidades. Los chicos siguen a Heribert en silencio, que porta la única luz que los acompaña, un candil con una mecha de aceite que apenas ilumina un círculo a su alrededor.

Al bajar el último escalón, se ven en un pequeño pasillo con una puerta diminuta al fondo. Heribert le cede el candil a Irene y desata un manojo de llaves de su cinturón. A continuación, escoge una de ellas y abre la portezuela.

Al otro lado, aparece una sala enorme con el techo abovedado y unas piedras inmensas de granito que terminan en punta. Elis avanza hacia el centro de la sala y observa las piedras en su conjunto. Se acerca a una de las rocas y desliza su mano por la superficie rugosa asombrada por la majestuosidad de sus formas.

—Se llaman dólmenes —dice Heribert—. Hace cientos de años estaban al aire libre. Luego, alguien decidió que eran demasiado importantes para que las nuevas religiones acabaran con ellos, así que los ocultó bajo esta construcción.

—¿Qué es este lugar? —pregunta Irene con la vista fija en la bóveda del techo.

—Es un Centro de Poder —responde Heribert—. Hay varias decenas de sitios como este repartidos por el mundo. La portezuela por la que hemos entrado es un Umbral de Fuerza. Los centinelas no podrán atravesarla. Aquí estaréis seguros.

Heribert se acerca con el candil a una de las antorchas fijadas en la pared y aproxima la mecha al paño empapado de brea en uno de sus extremos. Después, repite la operación con el resto y la sala queda iluminada como si fuese una catedral en un día de fiesta. Entonces, se dirige a la puerta, aunque se detiene al oír a Irene.

—¿Adónde vais? Los centinelas están muy cerca.

—Lo sé. Tengo que encontrar la forma de que vuelvan al bosque. Aquí estáis protegidos.

Heribert les sonríe y sale de la sala cerrando la pequeña puerta tras de sí. Irene no puede evitar la incómoda sensación de verse presa en aquel lugar. No es precisamente protección lo que siente.

Elís se queda mirando a su hermana mientras esta evita sus ojos.

—¿Ahora sois novios tú y ese?

—No digas tonterías.

Pere guarda silencio. Elís lo mira a él y este se encoge de hombros.

—Os oí follar en su casa —le dice a su hermana.

—Eso no significa nada.

—Si os casáis y tenéis hijos, ¿qué pasa con nosotros? —Elís señala a su hermano.

—Podréis vivir en nuestra casa —contesta Pere.

—No nos vamos a casar ni a tener hijos —repite Irene con sequedad. Luego, se dirige a una de las enormes piedras y se acurruca junto a ella—. Intentad dormir. Mañana nos espera un camino largo.

La niebla se cuela por todas las rendijas de la puerta. En un instante, la estancia al completo se halla envuelta en una bruma espesa y Heribert es incapaz de ver incluso la mesa a la que está sentado. Entonces, un movimiento brusco se produce a unos pasos, aunque solo vislumbra una sombra oscura tras la blancura de la niebla. Una figura parece acercarse a lo lejos. Tras ella, otra con el yelmo dorado hace su aparición. «Ya están aquí», piensa el galeno. Es el momento de actuar, de lo contrario, le rebanarán el cuello sin pensarlo dos veces.

—¡Tengo al ladrón! —grita.

Los dos centinelas se detienen ante él. La bruma se disipa levemente y puede distinguir los grabados de los yelmos y los ojos enrojecidos y brillantes en las aberturas. La espada de uno de ellos se eleva y apunta directamente al cuello de Heribert.

—Sabemos que está aquí. Lo encontraremos.

—Es una muchacha. Se llama Irene y se halla oculta tras un Umbral de Fuerza.

Los centinelas se miran.

—¿Un umbral? —pregunta el más alejado—. ¿Cómo has conseguido levantar uno?

—No he sido yo, lleva aquí siglos. No podréis cruzarlo a menos que tengais esta llave. —

Heribert les muestra la llave larga y oxidada con la que ha abierto la sala de los dólmenes. Todos allí conocen las normas. La llave no puede ser robada.

—Deberíamos matarte.

—Ya, pero necesitáis que os entregue la llave por propia voluntad, si no os resultará inservible.

—¿Qué quieres a cambio?

—Sobrevivir. No tendréis la llave a menos que me prometáis que me dejaréis con vida.

Los dos centinelas se miran en silencio. Uno de ellos, el del yelmo dorado, asiente.

—Sea —dice el otro.

Heribert deposita la llave sobre la mesa y esta desaparece al instante.

—Están abajo, en el subsuelo. Os mostraré el camino.

Bernat se detiene al inicio del claro. La puerta desvencijada de la casilla se abre y por ella aparece Riba, pletórico y sonriente, con una espada en la mano. Al ver el arma del abad, blande la suya en el aire.

—Hace tanto tiempo que no peleo...

El abad no responde. Él podría decir lo mismo. Muchos años atrás, los cadáveres se amontonaban en su vida por decenas; ahora es un hombre de fe, una fe auténtica amparada en un arrepentimiento profundo; sin embargo, allí está, con una espada en la mano, dispuesto a matar de nuevo, si es que a aquel Riba que tiene ante sí se le puede considerar un hombre vivo.

Bernat se pone en guardia, atento a los movimientos de su adversario. Riba mueve su acero en círculos y lo rodea despacio, con una sonrisa de suficiencia en los labios. Hace ademán de atacar y el abad retrocede cauto, lo que provoca la carcajada del lechero.

—¿Por qué has vuelto? —pregunta Bernat.

—No me merecía esta vida —dice Riba—. Yo he peleado en decenas de batallas, he viajado por medio mundo y he yacido con cientos de mujeres. No sabes lo que era estar atrapado en el cuerpo de un pobre hombre moribundo. He decidido gozar de una segunda oportunidad.

—Es Dios quien decide nuestro destino —responde Bernat. Riba ríe.

—Yo he estado al otro lado. No me hables de Dios.

Riba se lanza sobre él con la espada en alto y los dos metales chocan expulsando chispas al aire. Una segunda embestida se detiene de nuevo en la espada del abad y este tiene que dar un paso atrás. Esta vez, los dos aceros se mantienen juntos mientras Bernat resiste el empuje de su enemigo. Su fuerza no es natural. No puede aguantar mucho tiempo. Retrocede de pronto y pone distancia entre ellos.

—Sí, soy mucho más fuerte ahora —dice Riba como si le leyera el pensamiento—. Nunca antes había tenido esta energía.

De pronto, lanza la espada contra el abad formando un círculo en el aire. Si no hubiese saltado rápido hacia atrás, le habría abierto las tripas. Bernat aprovecha la guardia baja de Riba y embiste una, dos, tres veces. Las estocadas son veloces y dirigidas al pecho y al vientre. No obstante, el lechero se desembaraza de cada una con una agilidad demoníaca y aún puede contratascar con

fuerza golpeando la hoja del religioso. Un calambre sube por su antebrazo de tal forma que casi lo hace perder su arma ante la violencia del golpe.

—No tienes ninguna posibilidad, abad.

De nuevo, Riba choca su arma contra la de Bernat. Esta vez no retrocede. Resiste con todas sus fuerzas el ataque de su oponente. Los dos metales se unen y la espada del lechero desciende despacio hacia el rostro del abad sin que la resistencia de este pueda evitarlo. De repente, Bernat siente un golpe seco en las costillas. Luego otro y otro... Cuando baja la vista, la rodilla de Riba amaga con golpear de nuevo. Bernat acomoda el cuerpo para recibir el impacto y, entonces, un empujón lo derriba y hace que su espalda dé de lleno contra el suelo.

El abad mira su mano derecha. ¿Dónde demonios ha ido a parar su arma? La ve a unos pasos, se revuelve y se lanza sobre ella. Agarra el mango tan veloz como puede y dispuesto a atacar, pero la bota de Riba pisa la hoja y deja el arma fija en el suelo. Mientras, con la punta afilada de su espada amenaza el cuello del religioso.

—Te voy a dar la oportunidad de suplicar por tu vida.

La respiración de Bernat se vuelve agitada. Siente el corazón palparle en las sienes. Sus ojos permanecen clavados en las pupilas de aquel demonio que está a punto de matarlo. En todos sus años de soldado, jamás se ha visto en esa situación. En la opuesta, multitud de veces. «En ocasiones, rogar funciona», piensa. ¿Cuántas veces ha perdonado él mismo la vida de sus enemigos?

—Te lo suplico —musita.

—¿Qué? Habla más alto.

—¡Te lo suplico! ¡Déjame vivir! No me mates.

De repente, las lágrimas afloran en sus ojos sin pretenderlo y se siente el ser más cobarde sobre la faz de la Tierra. Bernat trata de reprimir el llanto, pero es incapaz. ¿Cómo puede humillarse de esa manera? Riba ríe a carcajadas mientras aparta su espada del cuello del abad.

Elís observa un hueco que hay tras uno de los dólmenes. Es pequeño y oscuro y parece la madriguera de una alimaña. Luego vuelve la vista para contarles a los demás lo que ha encontrado, pero ve que Pau se ha dormido con la cabeza apoyada en el regazo de Irene mientras Pere está acurrucado cerca de ellos.

Mira de nuevo el hueco y frunce el ceño. Es lo suficientemente ancho para que ella y los demás quepan por él, aunque le resulta imposible ver si se estrecha más adelante. Solo hay una manera de averiguarlo.

A continuación, se apoya en las manos y en las rodillas y avanza a gatas por la abertura. Transcurridos unos pasos el pequeño túnel llega a su fin y la niña se halla en medio de una sala minúscula que apenas mide un par de yardas a cada lado y con un agujero redondo en medio de una de las paredes.

Elís se pone de pie y se sacude el polvo de las manos. Se asoma entonces al círculo que tiene delante y ve que este da acceso a un nuevo túnel, mejor construido, en cuyo final hay luz. Es un conducto más largo que el anterior y en pendiente ascendente.

Un murmullo le llega de repente desde el extremo luminoso del pasadizo recién descubierto.

Elís guarda silencio y unas voces comienzan a oírse al otro lado. Puede distinguir claramente la de Heribert Bonany y otras dos más profundas. Apoya los brazos en el inicio del túnel y aguza el oído.

—¡Tengo al ladrón! —grita Heribert.

Luego, las otras dos voces le resultan inteligibles.

—Es una muchacha. Se llama Irene y se halla oculta tras un Umbral de Fuerza —oye que dice el galeno.

—¿Un umbral? ¿Cómo has conseguido levantar uno?

Esta voz es mucho más profunda, como si viniera del inframundo.

—No he sido yo, lleva aquí siglos. No podréis cruzarlo a menos que tengáis esta llave.

—Deberíamos matarte.

—Ya, pero necesitáis que os entregue la llave por propia voluntad, si no os resultará inservible.

—¿Qué quieres a cambio?

—Sobrevivir. No tendréis la llave a menos que me prometáis que me dejaréis con vida.

—Sea —dice la voz profunda.

—Están abajo, en el subsuelo —les explica Heribert—. Os mostraré el camino.

Elís se queda helada, por un momento no sabe qué hacer. Siente un enfado profundo que la hace reaccionar. Se da la vuelta y se agacha ante el hueco oscuro con forma de madriguera. Se arrastra como una serpiente hasta la sala de los dólmenes y se hiere la piel de los antebrazos, pero le da igual. Ve que Pau e Irene siguen dormidos en la misma posición y ahora la cabeza de Pere permanece apoyada en el hombro de su hermana.

Elís se agacha junto a ella y la agita. Pau abre los ojos y Pere se despereza. Irene la mira como si no supiera dónde está.

—Vamos, despierta, tenemos que irnos.

—¿De qué hablas? —dice Irene—. El galeno es amigo de padre. Aquí estaremos a salvo.

—El galeno nos ha vendido. Vienen hacia aquí, los he oído.

Riba le aparta un mechón de la frente e Irene se acurruca bajo su brazo. La reconforta el calor que desprende el cuerpo de su padre y este se acomoda en el pequeño camastro de su hija al tiempo que apoya la espalda en la pared.

—¿Sabes por qué te llamas Irene?

—Sí, pero cuéntamelo otra vez.

—Al otro lado del mar hay una ciudad inmensa, llena de palacios, donde las mujeres se visten de oro y los hombres de plata. Su nombre es Constantinopla.

»En ella no se conoce la pobreza y todo el mundo come al menos tres veces al día. La sopa tiene tanta sustancia que con apenas tres cucharadas ya te sientes colmado. Las calles se encuentran atestadas de puestos de comida. Pan, dulces, tarros de miel... La gente paga lo que quiere por ellos y a los comerciantes siempre les parece bien, pues no es costumbre regatear los

precios.

»Llegué hasta allí en una de las guerras en las que luché. Atracamos en un puerto que llaman el del Kontoskalión. Es el puerto más grande que he visto en mi vida. El de Barcelona es una miniatura al lado de este. Los más grandes barcos se hallaban allí apostados. Deberías haber visto esas velas blancas como la nieve henchirse al viento y los centenares de esclavos remando al ritmo del tambor.

»Cuando pisamos tierra, mis compañeros y yo quedamos sobrecogidos ante lo que veían nuestros ojos. Constantinopla está llena de iglesias; cientos de ellas que hacen repicar sus campanas cuando llegan las horas y, si no estás atento y te tapas los oídos, bien puedes quedarte sordo durante unos días.

»Pero una de ellas destaca sobre las demás. Es la iglesia más grande de toda la cristiandad. Los griegos la llaman Hagia Sofía, que quiere decir la santa sabiduría. Es un templo inmenso que deja en ridículo a cualquier otro.

—¿Más grande que la catedral de Barcelona?

—Pero ¿qué dices? La catedral de Barcelona es una ermita al lado de Hagia Sofía. Sus techos son de oro y sus suelos de mármol. Hay quien ha quedado ciego por culpa del brillo que desprenden. Es tan grande que en él cabe la ciudad entera. Y no es una ciudad cualquiera. Constantinopla es por lo menos veintisiete Barcelonas juntas.

—¿Veintisiete?

—Como te lo digo. Un día, después de almorzar con mis compañeros en una taberna, nos decidimos a visitar Hagia Sofía. Cuando llegamos, se celebraba una misa. Todos los fieles allí presentes se hallaban arrodillados en la nave central, pero algo extraño ocurría. Las mujeres rezaban con la cabeza gacha y los hombres miraban hacia una galería elevada en uno de los laterales del templo. Seguí su mirada hasta encontrar el rostro de una joven de cabellos rubios que me observaba con curiosidad. Era la mujer más bella que había visto en mi vida y me miraba a mí, solo a mí. Sus ojos eran azul claro, casi celestes, y la expresión de su cara reflejaba una bondad y una dulzura más propias de los ángeles que de las personas.

»Enseguida acabó la misa y se la llevaron sus damas de compañía. La muchacha desapareció de mi vista y yo quedé allí perdido, queriendo saber más de ella.

»Pregunté a todos cuantos se hallaban presentes su nombre y me respondieron que se trataba de la condesa Irene Aaronios. Ahora ya sabía cómo se llamaba, solo tenía que encontrarla.

»Al día siguiente, se celebraba una justa en el campo del Gran Palacio Imperial. Mi guarnición estaba invitada, por nuestra contribución en la guerra contra los turcos, al combate a pie de todos contra todos. Era un día muy caluroso de verano y llevábamos puestas nuestras armaduras y las cotas de maya. Nos sentamos en un terraplén esperando nuestro turno para combatir mientras nos refrescábamos con agua de unos cántaros que habían traído unas esclavas sirias. Charlábamos entre risas con ellas cuando sonaron las trompetas de la corte.

»Al menos dos decenas de damas y caballeros llegaron por el sendero que venía del Gran Palacio y tomaron su lugar en el palco de honor. Luego aparecieron el emperador y la emperatriz con porte magno y, sin dirigir la mirada a los allí presentes, se sentaron en el trono y dieron permiso para que comenzara el torneo. Tras ellos iban varias mujeres, una de ellas Irene, la mujer más bella de la ciudad, y todas las miradas de los caballeros participantes se volvieron en su dirección.

»Aquel fue un día glorioso para tu padre. En el combate vencí a todos mis contrincantes. Luché como no lo había hecho nunca y fui más fiero que los demás. Los rendí uno a uno y, cuando terminé con todos, me dirigí al palco e incliné la cabeza.

»—¿Por quién lucháis? —preguntó el emperador como ordenaba el protocolo. Yo debía contestar: «Por su majestad y el imperio de los romanos». En lugar de eso, ¿sabes lo que dije?

Irene niega con la cabeza.

—Por la condesa Irene Aaronios.

»El murmullo se extendió entre el público. El emperador se puso serio y observó a la condesa que miraba al suelo con turbación.

»—Bien —dijo solamente y todo el público se arrancó en un sonoro aplauso. La condesa levantó la vista y me sonrió. Luego se sacó la manga de su vestido de seda y me la lanzó a la arena. Al recogerla, olí su delicioso perfume y le hice una reverencia. Esa fue la última vez que la vi.

Riba saca una manga vieja y sucia de su bolsillo y se la extiende a su hija.

—Todavía la guardo.

La madre de Irene aparece en la puerta de la diminuta alcoba con la mano apoyada en su vientre hinchado por el embarazo.

—Deja de contarle tonterías —dice— o mañana no habrá quien la despierte.

—Está celosa —le susurra su padre—. No le hizo ninguna gracia que eligiera el nombre de la condesa para ti. Ahora tienes que despertarte.

Irene ríe. No entiende la broma.

—Ya estoy despierta, padre.

—No, no lo estás.

Riba comienza a mover su hombro. A ella le molesta. Trata de hacerlo parar, pero él continúa.

—Venga, abre los ojos.

La niña no entiende nada.

—Tengo los ojos abiertos —le dice.

Su padre no parece escucharla. La sacude de nuevo, esta vez con más fuerza, y le dice:

—Vamos, despierta, tenemos que irnos.

Irene abre los párpados y se encuentra con el rostro de Elís que la insta a levantarse.

—¿De qué hablas? —le dice a su hermana—. El galeno es amigo de padre. Aquí estaremos a salvo.

—El galeno nos ha vendido. Vienen hacia aquí, los he oído.

Irene ve que Pere se ha puesto de pie y carga a Pau en sus brazos.

—No te creo. Eres capaz de cualquier cosa con tal de echar mierda sobre padre.

—Dice la verdad —asegura Pere—. Mira.

Con el mentón señala la puerta de la sala donde se encuentran. Irene ve que por la rendija del suelo se cuele la niebla espesa. Siente la alarma crecer dentro de ella y se pone entonces de pie.

Elís corre hacia el agujero que hay detrás del dolmen e Irene se va a por el cofre de oro. Pere la detiene sujetándola del brazo. En un instante, toda la sala se ha llenado de niebla y apenas puede verlo.

—No hay tiempo —dice—. Vámonos.

Irene mira el cofre. Intenta zafarse del brazo de Pere, pero este no la deja.

—Nos van a matar a todos, incluidos los niños.

Irene se queda dudando un instante y oye que una llave gira dentro de la cerradura. Corre detrás de Pere hasta el lugar por el que ha huido su hermana. Llegan a la parte trasera de uno de los dólmenes y ven como Elís se ha colado por un agujero en la pared. Irene despierta a Pau y lo obliga a entrar también por el agujero. Después, ella se arrodilla y avanza por la abertura seguida de Pere.

Llegan hasta un habitáculo más ancho y Elís les indica la entrada al segundo túnel que escala hacia la salida. Suben a Pau hasta él y luego entra su hermana. Pere permanece agachado junto al agujero de la entrada.

—Ya están aquí —dice—. Démonos prisa.

Irene no entiende cómo aquellos dos caballeros con armadura pueden avanzar tan rápido por aquella madriguera tan estrecho.

CAPÍTULO III

Irene retiró el retal de tela húmedo de la frente de Riba y lo sumergió en el agua fría del barreño. Luego lo estiró y lo volvió a colocar en la cabeza de su padre. Este, al notar el contacto, entornó ligeramente los ojos y la observó atento. Su respiración era apenas un hilo de aire que penetraba en sus pulmones produciendo un leve silbido en su garganta.

Riba movió los labios e Irene le puso una mano en el hombro.

—Tranquilo —le dijo—, no hagas esfuerzos.

Cuando la muchacha trató de levantarse, los dedos huesudos de Riba la agarraron con fuerza de la muñeca. Sus labios seguían moviéndose sin parar mientras la miraba, así que Irene acercó su oreja a la boca de su padre, pero sus palabras le resultaron inaudibles.

—No puedo oír lo que dices.

Riba levantó un poco la cabeza y volvió a hablar. Irene acercó de nuevo su oreja.

—Sé dónde está el tesoro.

—¿De qué hablas?

—El tesoro del Bosque de los Centinelas. Sé dónde está enterrado.

Irene lo miró fijamente. Él asintió y ella volvió a inclinarse para oír lo que le iba a decir.

—Debes cavar entre dos pinos negros, junto al arroyo. Son dos pinos gemelos, idénticos. Tienes que encontrarlo.

—¿Y la maldición?

—Cuando tengas el tesoro, huye. Luego, busca a Heribert Bonany, mi galeno. Él te ayudará.

—Me robará el oro.

—No, no lo hará. Es un hombre rico.

—¿Por qué a él?

—¡Búscalos! ¡Maldita sea! Será el único que te pueda salvar.

Riba guardó entonces silencio e Irene miró la madeja de hilo que su padre sostenía desde hacía días en su mano izquierda. La joven trató de retirársela con delicadeza, pero los dedos del lechero se cerraron en torno al hilo y negó con la cabeza.

Los ojos del moribundo se volvieron después hacia la puerta y se quedaron fijos en Elis que lo observaba desde allí. Su parpadeo se hizo más y más lento hasta detenerse. Su mirada perdió toda vida mientras contemplaba a su hija pequeña.

—Ha muerto —dijo Irene.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Elis.

—Nada.

Irene se levantó y salió de la vivienda. Elis fue tras ella.

—Iré al monasterio. A ver si lo pueden enterrar en su cementerio.

—¿Qué te ha dicho!

—*Me ha hablado del tesoro del bosque.*

—*¿El tesoro? ¿Qué sabía él de eso?*

—*Al parecer, conocía su paradero.*

—*Es peligroso, Irene. No vayas allí.*

—*Debemos dinero, pronto los acreedores se quedarán con la vaca y la casa y nosotros nos moriremos de hambre.*

—*Riba no era bueno. Hará que nos maten.*

Irene no respondió. Observó al pequeño Pau que jugaba a golpear con un palo a modo de espada el tronco de un abedul.

—*Quedaos aquí. Volveré en un rato.*

Elís la vio alejarse por el camino que conducía al monasterio y luego miró por el hueco de la puerta el cadáver de su padre.

El sonido de la piedra al caer sobresalta a Heribert cuando se acerca al panteón situado cerca del huerto. Corre tan rápido como puede con la tea en la mano y se adentra en el pequeño habitáculo sombrío donde se encuentra el sarcófago de Ruth. El corazón le palpita con fuerza. No puede creer que sea verdad. Se ha imaginado tantas veces este momento que ahora le parece un producto de su mente.

El resplandor de la antorcha ilumina la tumba. La tapadera de piedra del sarcófago está en el suelo, tirada a un lado, y se ha roto por la mitad. Heribert mira dentro del hueco y lo encuentra vacío, pero al levantar la vista y escrutar la estancia en todas las direcciones, una sonrisa radiante ilumina su rostro.

Ruth está en un rincón, envuelta en el camisón blanco de algodón con el que fue enterrada y se acurruca en sus propios brazos. Lo observa con ojos temerosos. Él se acerca despacio y el calor de la antorcha parece reconfortarla.

—Eres tú —dice Heribert.

Ruth alarga su mano y acaricia la barba blanca de su esposo.

—Estás muy viejo.

—Sí, ha pasado mucho tiempo.

Heribert la abraza, posa sus labios en los de ella y la besa con ternura. Siente lo mismo que tantos años atrás y le parece que no ha transcurrido ni un solo día desde que se despidió de ella.

—Todo será igual que antes —le susurra.

—Nada será igual —responde ella y un escalofrío la estremece.

Heribert se desprende de su capa y la extiende sobre los hombros de su mujer. El rostro de Ruth muestra cierto alivio al sentir el calor de la prenda. Luego se queda mirando a los ojos de su marido.

—No deberías haber hecho esto —dice—. No está bien.

—Haría cualquier cosa por tenerte a mi lado.

—Esto no. El hombre que me trajo de vuelta ha sacrificado a sus propios hijos y tú eres su cómplice. Estamos malditos. No tienes idea de lo que nos espera cuando crucemos el umbral de la muerte.

—Soportaré cualquier cosa con tal de estar a tu lado.

—No sabes lo que dices.

Heribert pasa su brazo sobre los hombros de Ruth y la conduce hasta el torreón.

—Vamos a nuestro dormitorio. Está igual que cuando te fuiste. No ha cambiado nada.

Ruth se detiene en el primer peldaño de la escalera trasera.

—¿Haremos el amor?

Heribert arquea las cejas. La pregunta le ha sorprendido.

—Si estás lista, claro —responde—. Quiero que todo sea como antes.

—¿Sabes por qué me corté las venas?

—No hables de ello ahora. Estás de vuelta, eso es lo importante. Podremos enmendar todo aquello que te hacía infeliz.

—No soportaba estar ni un día más contigo. Me repugnaban tus caricias. Te odiaba con todas mis fuerzas y quieres que todo vuelva a ser como antes.

Heribert aprieta los labios. Las aletas de su nariz tiemblan por la ira y su mano vuela veloz hasta estrellarse contra la mejilla de Ruth. La cabeza de la mujer gira violentamente y esta pierde el equilibrio. Cae al suelo y se queda allí, sentada e inmóvil, con la mano en la cara. Heribert se acucilla a su lado y la agarra del pelo. Atrae a su mujer hacia sí y le susurra:

—Te he sacado de las garras de la muerte. Muestra un poco más de agradecimiento.

—Ahora sí que es todo como antes.

Llegamos a la sala principal del torreón y vemos cómo todo el mobiliario es un auténtico caos. Parece que haya entrado una tormenta allí dentro. Observo unas escaleras que suben a las dependencias privadas y a las almenas. A mi derecha hay una entrada a un pasadizo lóbrego que desciende a las profundidades. Algo me dice que debo recorrer aquel pasillo oscuro antes de subir a las plantas altas, así que nos ponemos en marcha.

Después de bajar algunos tramos de escalera palpando las paredes para guiarnos en la oscuridad, nos encontramos en un rellano estrecho ante una portezuela abierta de par en par.

Al otro lado, una sala amplia y rodeada de unas piedras gigantescas aparece ante nosotros. Se halla iluminada por tea colgadas de unos apliques metálicos en la pared.

El monje y yo descendemos los tres escalones que dan acceso al lugar y contemplamos el espacio vacío. Es impresionante. Tengo la sensación de estar pisando un suelo que fue sagrado hace demasiado tiempo.

Sacudo la cabeza y me concentro en lo que he ido a hacer. Me separo de Jacobo para inspeccionar el recinto y recorro una zona en sombras que se oculta tras los dólmenes del ala derecha, pero no hallo nada. Jacobo se ocupa del ala izquierda.

—¡Aquí hay algo! —exclama.

Tras uno de los enormes peñascos, encuentro a Jacobo acucillado junto a un agujero cavado en la pared del tamaño de una hornacina. Me arrodillo y miro al otro lado. Veo las suelas de unas botas marrones de piel que asoman en la abertura.

—Hay alguien —digo—. Voy a entrar.

No me lo pienso dos veces. Apoyo las manos en el suelo y comienzo a caminar a cuatro patas por el túnel. Más adelante, las paredes del agujero se estrechan. Echo cuerpo a tierra y me arrastro como un gusano. Oigo entonces que Jacobo viene detrás de mí.

—¡Ay, Dios mío! —se lamenta cuando nos vamos acercando al final y vemos que las suelas pertenecen a un muerto.

Cuando llego al otro lado, veo que las paredes del diminuto agujero me han rasgado las vestiduras y un poco la piel. No le doy mayor importancia. Me tengo que acomodar en una estancia minúscula junto al monje, que acaba de llegar, y dos cadáveres tirados en el suelo.

El de las botas es un muchacho de cabellos negros con la mirada aterrada y congelada en su rostro. Al otro lado de la pequeña sala, una joven atravesada por una espada yace bocabajo en el borde de un segundo túnel que asciende hacia alguna estancia superior.

—¿Los conoces? —le pregunto a Jacobo.

Este asiente y se seca una lágrima de su mejilla.

—Los he visto alguna vez por el monasterio. El chico se llamaba Pere. Era un labriego de la aldea de Sant Miquel. La que han masacrado los centinelas.

—¿Y ella?

Le levanto un poco la cabeza con cuidado. Intento ser respetuoso. Jacobo se inclina sobre la cara de la muchacha, que tiene los ojos abiertos y fijos en ninguna parte.

—Es la hija del lechero Riba. Se llama Irene. Creo que tiene dos hermanos pequeños.

Levantó la mirada hasta el final del segundo túnel y me pregunto si también encontraré sus cuerpos al otro lado o, por el contrario, habrán conseguido huir.

—Los centinelas han hallado a sus ladrones —musito pensando en voz alta.

—Ya tienen su oro —responde Jacobo—. Ahora podrán regresar al bosque.

—Yo estaba equivocado. Si no acabamos con ellos para siempre, esto se repetirá más veces.

El monje se encuentra agachado junto al cuerpo de Irene y contempla la herida de su espalda. Al oírme, se vuelve y me mira fijamente.

—¿Qué queréis decir? ¿Podéis acabar con ellos?

Yo le devuelvo la mirada y me pienso mucho si contarle toda la verdad.

—Claro que sí —le digo—, por eso os ha enviado el abad Bernat.

—¿De qué habláis? ¿Qué tengo que hacer?

—Recordar. Eso es todo.

—¿Recordar qué?

Me quedo pensando si seguir hablando. Decido que no, que ya lo verá con sus propios ojos. De nada servirá que se lo cuente todo si no me cree y se larga.

—Vamos, salgamos de aquí.

Salimos de la sala de los dólmenes y subimos los peldaños angostos del torreón. Llegamos al salón principal y Jacobo fija la vista en las galerías que ascienden hacia la torre. El lugar es mucho más grande de lo que parece desde fuera. Ya me lo ha parecido antes.

—Hay luz en aquella habitación —dice el monje, e inmediatamente sube unas escaleras en forma de caracol que llevan a la planta superior. Voy tras él con la mano en la empuñadura de mi espada. Intento advertirle de que vaya con cuidado de no alertar a nadie, pero no quiero levantar la voz y ser yo quien los alerte.

Jacobo se detiene ante la entrada iluminada de una alcoba. Se asoma al quicio y yo llego a su lado. Está contemplando un cadáver tirado bocarriba en la cama. De su cuello mana un río de sangre que tiñe de rojo su pecho y encharca las sábanas hasta gotear en el suelo. Me adentro en la habitación y observó al muerto de cerca.

—Es Heribert Bonany —dice el monje—. El hombre del que os hablé. El dueño de esto. Era un reputado físico que a veces iba al monasterio a realizar su labor. Yo no hablé nunca con él, pero se llevaba bien con el abad.

—Lo sabes todo del monasterio.

Jacobo se encoge de hombros. Sigue sin recordar.

—Llevo muchos años allí —contesta—. ¿Han sido los centinelas?

Me fijó en un cuchillo con la hoja ensangrentada que descansa en una esquina de la cama.

—No, no han sido ellos.

Vuelvo la cabeza al oír un ruido que proviene de una terraza abierta a un lado de la alcoba. Parece el llanto de una mujer. Me dirijo hasta allí despacio con la daga en la mano y Jacobo me sigue unos pasos por detrás.

Apoyada en las piedras de las almenas, una joven con la cabellera larga y rizada y vestida tan solo con un camisón blanco llora contemplando el horizonte. Parece la protagonista de algún cuento en una noche de tormenta. No sé quién es, pero sé por qué está allí.

—Te traje de vuelta —le digo.

La mujer vuelve su rostro hacia mí y se me queda mirando.

—¿Cómo lo sabéis? —pregunta.

—Soy capaz de ver esas cosas.

No miento. Puedo reconocer a alguien que ha vuelto de la tumba con solo mirarlo.

—No debió haberlo hecho —replica—. Esos chicos han sido sacrificados para que ese otro individuo y yo regresáramos de la muerte. Heribert era un hombre terrible, no podía volver a vivir la vida que tuve.

—Por eso lo has matado.

La mujer asiente.

—Yo estoy muerta y así es como debe ser.

Jacobo me ve levantar la daga y acercarme a ella y musita:

—No.

Es más bien una queja que una amenaza. No se atreve a moverse.

—Ese tipo, Riba —continúa la mujer—, manipuló a su propia hija para que desenterrara el tesoro. Los centinelas mantendrían abiertas las puertas del inframundo para que él y yo pudiéramos salir.

La hoja de mi cuchillo entra por su costado y rápidamente el camisón se tiñe de rojo. Un gemido sale de la boca de la mujer y su cuerpo se desvanece en mis brazos. La sostengo y la depositó en el suelo con delicadeza. Jacobo grita espantado y avanza hacia nosotros.

—¿Qué has hecho? ¡Eres un asesino! —exclama.

El monje se arrodilla junto a ella y se lleva las manos a la boca. La mujer lo mira un instante y susurra:

—Así es como debe ser.

—La niebla parece que nos espere —digo en voz alta.

La bruma permanece inmóvil a unos cientos de pasos de donde estamos, ocupando una parte del Bosque de los Centinelas. Se resiste a desvanecerse y la observo un rato acuclillado en el

suelo. Luego me pongo de pie y comienzo a caminar en su dirección.

—¿Y los animales? —pregunta Jacobo con las riendas del caballo y el burro en la mano.

—Iremos a pie. No queremos que se asusten.

La bruma nos envuelve enseguida como un ser vivo que nos acoge entre sus brazos. Pronto, ni siquiera somos capaces de ver nuestras respectivas siluetas, aunque estemos uno junto al otro.

—Quieto —ordeno. Sé que Jacobo me obedece, aunque no puedo verlo.

En ese instante, comienzan a oírse unos pasos y el roce del metal de unas armaduras a nuestro alrededor. No hago ademán de sacar el arma. Sé que aquello no se va a arreglar luchando.

—Nos van a matar —dice Jacobo. Hay miedo en su voz.

—Si empezáis a recordar quién sois, no nos ocurrirá nada —le respondo.

—¿De qué habláis? Solo soy un monje del monasterio.

—No, sois más que eso.

Los dos caballeros se detienen ante nosotros y desenvainan sus espadas. La niebla se disipa un poco y podemos ver los metales brillantes y los ojos rojos tras las aberturas en sus yelmos. Sigo inmóvil y sé que Jacobo no entiende por qué no me defiende. Piensa que, si lucho, quizá tengamos una oportunidad. Pero no lo voy a hacer.

—Recordad, Jacobo. Miradlos a los ojos y recordad.

«¿Recordar qué?», parece pensar el religioso. Hace lo que le digo y contempla sus pupilas sumergidas en unos ojos inyectados en sangre.

—Vos sois Ferrán Alsina —le dice al fin a uno de los caballeros— y vos Roger, Roger Queralt.

Estos no se mueven. Sus miradas se quedan clavadas en el fraile.

—Lo estáis haciendo bien —lo animo—. Proseguid.

—Hace años, matasteis a dos monjes en el bosque para robarles su oro.

—Bien —le digo—, ¿quiénes eran esos monjes?

Jacobo me mira confundido.

—Vamos, ¿quiénes eran?

—El hermano Agustí y el abad...

—¿El abad?

—El abad Jacobo.

Los dos caballeros guardan sus armas. Jacobo lo recuerda todo. Una corriente de odio recorre su cuerpo y asciende hasta su rostro. Puedo sentirlo. Aprieta los labios y los señala con el dedo.

—¡Os maldije! ¡Malditos asesinos!

—Ya habéis visto lo que ha ocasionado vuestra maldición —dice una voz a nuestra espalda. Nos volvemos y vemos aparecer entre la bruma mucho menos espesa que antes a un segundo monje.

—Hermano Agustí —dice Jacobo.

—Habrá más muertos si no perdonáis —responde Agustí.

—No puedo perdonarlos. Nos mataron a vos y a mí. Todo por avaricia.

—El deseo de venganza no es mucho mejor.

Observo la escena como un espectador.

Jacobo exhala un suspiro y después contempla a los caballeros. Estos se arrodillan ante él e inclinan la cabeza.

—Imploramos vuestro perdón —dice Roger Queralt.

Jacobo dirige su mirada hacia mí.

—Lo sabíais todo —dice.

—El abad Bernat me lo contó. Quería que acabara con la maldición de este valle y me negué. Si hubiera accedido, ahora toda esa gente estaría viva.

Jacobo hunde la cabeza entre los hombros y cierra los ojos. Musita una breve oración y observa a los dos caballeros.

—¿Sois conscientes de lo que habéis hecho?

—Lo somos —dice Alsina—. No deseamos que nuestras almas estén ligadas a ese oro. Queremos descansar en paz.

—No podría perdonaros.

—Jacobo —replico—, habéis visto a esos muchachos muertos en el torreón. Dos jóvenes que no merecían lo que les había sucedido. Ambos aniquilados por un rencor de hace años que no tenía nada que ver con ellos. Ya es hora de que acabéis con todo esto.

Jacobo se queda pensando mientras observa a los dos caballeros arrodillados.

—Os perdono —dice al fin—. Retiro la maldición que os obliga. Id en paz.

Queralt levanta la cabeza. Lo mira con gesto serio y asiente en señal de agradecimiento. Luego, él y su compañero se levantan y vemos sus siluetas alejarse y desaparecer en el bosque ante nuestros ojos.

—¿Y ahora? —pregunta Jacobo.

—Nosotros también deberíamos irnos —contesta Agustí—. Acompañadme, padre.

El monje comienza a andar y el abad lo sigue.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo veréis.

La niebla tarda un poco en disiparse por completo. Cuando lo hace, me encuentro solo en mitad de la espesura, cerca de la carretera de tierra. A mi lado, el arcón del oro permanece cerrado. Levanto entonces la vista hacia la casilla de Riba, el lechero, que se alza sobre una colina. Hay luz en una de las ventanas. Aún me queda algo que hacer antes de entregar el oro a sus dueños.

Riba está sentado en un pequeño banco de piedra junto a su casa y sostiene una estaca larga con un amasijo de carne y cabellos clavado en su extremo. Entorno los ojos y reconozco la cabeza del abad Bernat Calvet. Riba sonríe y mira también la estaca. Los ojos del monje se dirigen al cielo y observo que se ha quedado grabada en su cara una expresión a medio camino entre el

miedo y el dolor.

Desenvainó mi espada. Riba enarca las cejas al verme hacerlo y coloca la estaca en la pared con cuidado de que la cabeza del abad mire al frente.

—Querrá ver el combate —dice a modo de burla—. Rogó por su vida, ¿sabéis? Por un momento, estuve a punto de ceder a sus súplicas, pero luego me lo pensé mejor.

A continuación, Riba agarra una espada larga apoyada en el banco de piedra, junto a él, y la levanta orgulloso.

—Estaba oculta bajo una montaña de trapos viejos, oxidándose. Mi vieja espada.

—Has enviado a tus propios hijos a la muerte —le reprocho.

—Irene es lista. Sabrá salir de esta.

—Irene está muerta.

Riba frunce el ceño. Parece que le afecta un poco. Nunca lo hubiera pensado.

—¿Y los otros dos?

—No sé dónde están, pero es probable que también hayan muerto.

—¿Sabes, muchacho? He librado mil batallas. He combatido a los moros, a los turcos, a los normandos... He visto a mucha gente morir por nada. Mi hija se ha sacrificado por los suyos, eso le honra.

—Se ha sacrificado por ti. Solamente por ti. La enviaste a la muerte para salvar tu vida.

—Yo era un mercenario —prosigue Riba como si no me hubiera escuchado—. Un soldado de fortuna. Un tipo fuerte, capaz de vencer a cualquiera con la espada, pero esa maldita tos me impidió seguir peleando y me condenó a una muerte en vida. Fui débil, debí morir en el campo de batalla; sin embargo, regresé con mi familia. «El descanso del guerrero», me dije. ¡Qué equivocado estaba! Lo único que conseguí fue una existencia miserable en la que esperar a la muerte durante años. Mis días consistían en ordeñar una vaca para sobrevivir y, con suerte, pagar algunas deudas. Mi hija ha hecho que vuelva. Mi vida será mucho mejor ahora. Habrá merecido la pena su sacrificio.

Riba se pone de pie, blande su espada en el aire y la hoja se cimbréa contra la brisa que se acaba de levantar. Yo avanzo dos pasos y me pongo en guardia. El acero de Riba se lanza veloz contra mi cabeza y lo detengo justo encima de mi rostro antes de que me la parta en dos.

Mi oponente se desliza rápido por mi flanco derecho para lanzar un contrataque. Los dos metales chocan en el aire y nos apartaron unos pasos.

—No pensaba que fueras tan diestro a tu edad.

Lanzo una estocada que Riba esquivo retrocediendo y luego otra y otra sin obtener ningún resultado. Cuando le llega el turno al mercenario, amaga un ataque por la derecha y luego rectifica hacia uno de frente. Atraviesa mi camisa y corta mi piel unas pulgadas. Me llevó la mano a la herida y noto cómo la sangre mancha mis dedos y empapa la camisola blanca. Riba sonrío satisfecho.

—Este será tu último combate, muchacho.

El mercenario ataca con fuerza una vez y otra y yo interpongo mi espada a duras penas mientras retrocedo agarrándome la herida con la mano libre.

Cuando Riba se detiene, yo me mantengo en guardia, pero me cuesta respirar, estoy cansado.

—No tengo más estacas para tu cabeza —dice Riba—. ¿Pero sabes qué? ¡Al diablo! Tiraré la del abad y me quedaré con la tuya. Seguro que una cabeza vikinga atrae más a los curiosos y me gana un buen dinero.

Riba levanta su espada y vuelve a atacar. Yo retrocedo con la primera embestida y aguanto la segunda. Las dos espadas se juntan y ambos empujamos los metales manteniendo el pulso. Retiro la mano de mi herida y agarro el mango con las dos. Resisto con todas mis fuerzas hasta que Riba empieza a retroceder. Un grito de rabia surge de mi garganta sin yo pretenderlo y el mercenario es lanzado hacia atrás con una fuerza que no espera.

Casi pierde el equilibrio y, cuando trata de recuperar su posición, ve que me echo encima con la espada en alto. Riba interpone la suya y resiste la embestida a duras penas. Lanzo una nueva estocada y el mercenario voltea el hombro y la hoja le pasa a una pulgada de distancia de su pecho. Luego gira sobre sí mismo para colocarse a mi espalda y ensartarme desde atrás; sin embargo, cuando se dispone a terminar el combate, he desaparecido de su campo de visión. «¿Dónde estás?», parece preguntarse por un segundo.

Me he anticipado a su movimiento y he girado por su flanco izquierdo hasta colocarme yo detrás de él. Al darse la vuelta, mi hoja ataca a toda velocidad.

—¡No! —Lo oigo gritar y su cabeza sale volando y da unas cuantas vueltas por el suelo hasta detenerse bajo la estaca que sostiene la de Bernat.

El cuerpo decapitado guarda la postura durante unos instantes hasta que por fin se desploma sin vida.

Contemplo la escena mientras la espada se me cae de la mano. A continuación, me miro la herida del costado y compruebo que aún sangra.

Me encanta cómo Santzia se muerde el labio inferior cada vez que empuja la aguja sobre el borde de la herida. El hilo negro queda tenso contra la piel y yo aprieto mi mandíbula cuando siento el dolor. Con la segunda punzada, una queja débil sale de mi boca y mis dedos se aferran a la jarra. Echo un trago de este vino catalán que llaman Moscatel. No es hidromiel, pero qué le vamos a hacer. Santzia termina de coserme y corta el hilo con una navaja.

—He tenido suerte de que estuvieras por aquí.

Ella se mantiene en silencio. Coge la jarra de la mesa, se dirige hacia un barril que hay al fondo de la taberna y la llena de nuevo.

—¿Qué vas a hacer con el oro? —pregunta cuando se acerca a mí.

—Se lo devolveré al monasterio. Al fin y al cabo, es suyo.

—¿Te pagarán alguna recompensa?

—Eso espero.

—¿Sabes algo de los niños?

—No. En el tiempo que estuve en la casa del lechero, no aparecieron por allí. Lo más seguro es que sus cadáveres estén por ahí tirados esperando a que alguien los encuentre. No merecían a un padre como Riba.

Santzia se sienta a la mesa y se sirve vino en el vaso.

—¿Te volveré a ver?

Yo arqueo las cejas. No me espero la pregunta.

—Claro —digo—. ¿Por qué no? El destino es caprichoso.

—¿Adónde te diriges?

—No lo sé. Al norte, probablemente. Cruzaré los Pirineos. Quizá vaya a Carcassona o más al norte aún. ¿Y tú? ¿qué vas a hacer?

—Me han ofrecido un dinero por la taberna. Quizá lo acepte y regrese a mi tierra, Navarra. Mi madre ha enviudado y no tiene a nadie más que a mí.

—Aún me quedaré unos días.

—Bien —dice ella y se queda mirando al pasillo que conduce a su habitación. Esa en la que guarda el camastro que me destroza la espalda.

—Bien —respondo yo mirando en la misma dirección.

Al pequeño Pau se le hunden las botas de piel en el fango del camino cada vez que da un paso, mientras Elís tira de su mano exasperada. El niño se desembaraza de ella y se sienta en mitad del barro con el rostro enfurruñado.

—Vamos —le ordena su hermana—. No podemos quedarnos aquí.

—¿Dónde está Irene?

Elís agarra a Pau de las solapas y lo levanta a la fuerza.

—¡Irene está muerta! —le espeta—. Ya no la vamos a ver nunca más.

Entonces ella se pone a llorar. El niño se vuelve a sentar y Elís se coloca a su lado. De pronto, un sonido los sorprende. La niña se pone de pie y coge la mano de Pau.

—Tenemos que escondernos —le dice.

—No —responde su hermano—. Es Irene, que viene a buscarnos.

Elís se alza sobre la punta de los pies y observa la curva que hace el camino. Aparece un carromato tirado por un buey y un hombre alto y orondo sostiene las riendas mientras camina junto al animal. Recorre unos pasos lentos por la ruta enfangada y se detiene a su lado.

—¿Qué hacéis aquí solos?

Elís agarra el mango del cuchillo que guarda a su espalda.

—No es asunto tuyo —dice.

—¿Qué guardas ahí?

Elís saca su arma y se la muestra.

—Te mataré si te acercas.

El hombre suelta una carcajada. Luego levanta las palmas de las manos y se mantiene junto al buey.

—¿No tenéis padres?

—Están muertos —dice Pau.

—¡Cállate! —ordena su hermana.

—¿Adónde os dirigís por aquí? Esto está lejos de todo.

—Métete en tus asuntos y sigue tu camino.

—A Barcelona —responde Pau.

—¡Te he dicho que te calles!

—¡A Barcelona! Eso queda un poco lejos. Yo también voy hacia allí, pero tardaré por lo menos cuatro o cinco jornadas. Dos niños como vosotros... —El hombre se acaricia el mentón—. ¿Tenéis comida?

Al oír la pregunta, Elís siente un pellizco en la boca del estómago. ¿Cuánto hace que no comen?

—Tenemos hambre —dice Pau—. Mi hermana Irene tiene la comida.

—¿Tenéis una hermana?

—Sí —responde Elís—, y un cuñado, y van armados.

—Están muertos —replica el niño.

—¡Maldita sea, Pau! ¿Es que no puedes mantener la boca cerrada?

—Es solo un niño. Habéis tenido suerte de dar conmigo. No os haré daño. Me llamo Andreu. —El boyero se inclina sobre su carromato y saca de su bolsa dos mendrugos. Extiende la comida hacia los niños y Pau se lanza sobre el pan mientras Elís mantiene la distancia—. ¿Crees que está envenenado o algo así?

La niña lo mira fijamente a los ojos y después al mendrugo. Lo coge con cautela y se lo lleva a la boca.

—Estaré en Barcelona un día o dos y luego volveré. Puedo llevaros si queréis.

—Nosotros también tenemos una vaca —dice Pau señalando al animal que sostiene Andreu.

—Este es un buey. ¿Tenéis vacas? —le pregunta a Elís.

—Una. Era de mi padre.

—¿Quién era tu padre?

—Riba.

—¡Riba! Lo conocía. Me debía dinero. Así que está muerto. —Andreu mira de arriba abajo a los niños—. Supongo que tendré que olvidarme de mis monedas. No estáis en condiciones de pagar sus deudas y, a estas horas, sus acreedores se habrán quedado ya con la vaca y todo lo demás. En fin, decidete muchacha. No puedo perder más tiempo aquí.

Sin esperar a la decisión de su hermana, Pau se encarama al cajón del carromato y apoya la cabeza en la madera lateral mientras mordisquea el trozo de pan. Elís exhala un suspiro y sube también ella.

—Vamos, pues —dice Andreu y el buey se pone en marcha como si lo hubiera entendido.

NOTA DEL AUTOR

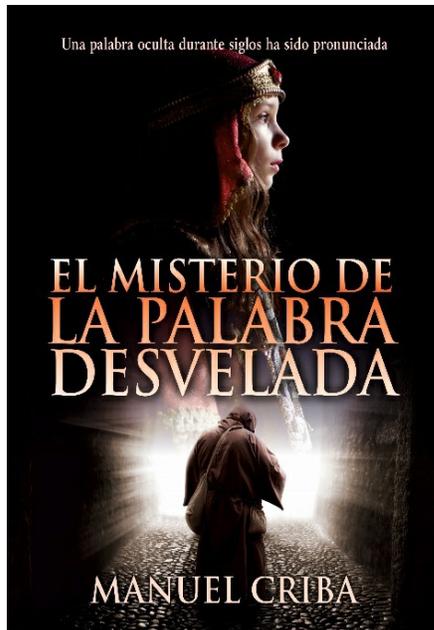
Gracias por leer esta historia. Espero de ella y te halla hecho pasar un rato divertido.

Te estaría muy agradecido si dejaras una opinión sincera en la plataforma de Amazon. No te puedes imaginar lo importante que es para un autor independiente el comentario de nuestros lectores. Es fundamental para que otros lectores se decidan a darle una oportunidad al libro.

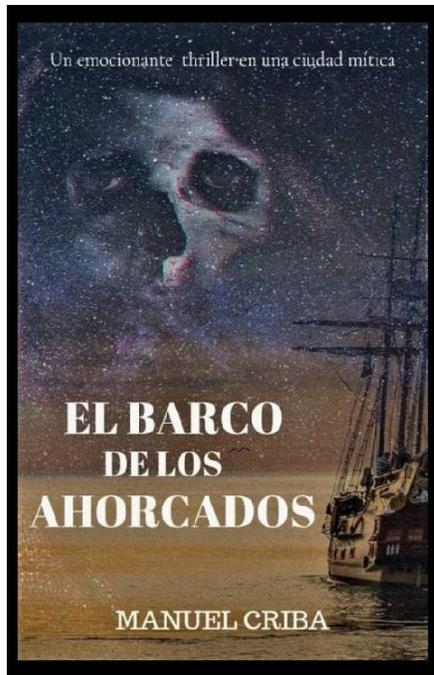
Finalmente, me gustaría señalarte que puedes encontrarme en <https://manuelcriba.com/> o en <https://www.facebook.com/Manuel-Criba-105262190890879>. Así estarás informado de mis próximas novelas y de las promociones que se vayan publicando.

Un abrazo,

Manuel Criba



<http://www.amazon.es/dp/B07WS5D4DX>



<https://www.amazon.es/gp/product/B07ZL4JYV7>